

EL PERIODICO PARA TODOS

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, CAUSAS CÉLEBRES, CHISTES, ETC., ETC.

SEMANARIO ILUSTRADO

ESCRITO

POR D. M. FERNANDEZ Y GONZALEZ, D. R. ORTEGA Y FRIAS Y D. T. TARRAGO Y MATEOS.

PRECIO EN MADRID.

Un real cada semana, pagado en el acto de recibir el número.

SE REPARTE UN NÚMERO SEMANAL.

PRECIO EN AMERICA, DOS REALES EL NÚMERO.

Se suscribe en Madrid, Provincias y América en todas las librerías, ó bien dirigiéndose á su Editor D. JESUS GRACIA, Encomienda, 19, principal, Madrid.

PRECIO EN PROVINCIAS.

Real y medio cada semana, pagado en el acto de recibir el número.

SE LLEVA A DOMICILIO.

EL REY DEL PUÑAL



—Oh, mi reina y mi señora!—exclamó arrojándose á los pies de la dama.... (pág. 20).

SUMARIO.

TEXTO.—El Rey del puñal, novela por D. Manuel Fernandez y Gonzalez.—La Rueda de la Fortuna, por Doña Robustiana Armiño.—Honor de esposa y corazon de madre, novela por D. Ramon Ortega y Frias.—El coche.—Una orgía, por D. Torcuato Tarrago y Mateos.—Seccion de América.—Ausencias causan olvido, novela por D. Torcuato Tarrago y Mateos.—La cabeza sangrienta, por D. Antonio de San Martin.—Historia de la insurreccion carlista de 1872, por D. Ramon Ortega y Frias.—Causas célebres.—Seccion festiva.

GRABADOS.—El Rey del puñal.—Retrato de D. Amadeo I, rey de España.—Retrato de D. Cárlos de Borbon y Este.—Batalla de Orocúeta.

EL REY DEL PUÑAL.

NOVELA HISTORICA

POR D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

LIBRO PRIMERO.

EL REY DE MALLORCA.

(Continuación.)

No habia plaza en que no se viese, guardada por algunos soldados, una de aquellas enormes y pesadas máquinas, catapultas, arietes y balistas, que eran los medios que entónces se conocian para combatir las murallas y las poblaciones, y que se llamaban ingenios.

Eran, pues, de tener los espías en un estado de cosas semejante.

Y sin embargo, tales eran de una parte la fe, y de otra el valor de aquellos tiempos, que á riesgo de estar infestados de espías se respetaba el incógnito de los peregrinos.

La hospedería de Santiago Apóstol, que así se llamaba la de que nos ocupamos, albergaba, por lo ménos, doscientos peregrinos.

De la misma manera que nadie los inquietaba por su incógnito, tampoco se les inquietaba porque saliesen en altas horas de la noche á recorrer la ciudad, cantando coplas terribles como las de los Hermanos del Pecado mortal, de los cuales se acordará de seguro algun viejo que se entretenga en leernos.

Ni los merinos, ni otros alcaldes menores que por la ciudad rondaban, obligaban á desalojar sus puestos á alguno ó algunos peregrinos que, sentados en el atrio de la basilica de Nuestra Señora del Pilar ó de la Seo, cantaban vidas de santos y otras cosas piadosas, compuestas generalmente en lenguaje provenzal, acompañándose con laudes.

Estos peregrinos cumplian sus votos y era necesario respetarlos.

El bailio, los merinos ó los alcaldes menores, con sus rondas, pasaban sin inquietarse junto á estos romeros, dándose el caso de que algun alcalde ó merino caritativo les diese como limosna algunas monedas de cobre y muchas veces alguna de plata.

Al oscurecer de la noche del tercer día despues de los acontecimientos referidos anteriormente, entraron por la puerta Real inmediata al puente del mismo nombre y á la basilica del Pilar, una tropa de peregrinos como en número de doce.

Nada tenia esto de extraño.

Los guardas de la puerta los dejaron pasar sin inconveniente, á pesar de que llevaban cubiertos sus rostros por cumplidos antifaces negros.

Miráronlos por el contrario con respeto, porque en su talante y su manera de andar se dejaba ver claro que no eran gente comun.

Además, se oía al paso de estos peregrinos un cierto crujimiento de hierro como el que produce un arnés al paso de un hombre armado.

Pero tampoco tenia esto nada de extraño.

A causa de la guerra, los campos hervian de bandidos y no habia que exigir á los buenos romeros del señor Apóstol Santiago pasasen sin armas por unos caminos excesivamente peligrosos y por unas selvas en que hervian los salteadores.

Esto á despecho del buen regimiento en que habia mantenido á Aragon Alfonso II el Benigno, padre del rey don Pedro IV, que por su parte hacia lo que podia para librar de aquella plaga á su reino, ahorcando y desquartizando á cuantos bandidos cogia la justicia en las batidas que, de tiempo en tiempo, hacian los hombres buenos de las villas y de las ciudades.

Pero cuando los bandidos se veian acosados, se refugiaban en la áspera sierra de Jaca, se hacian allí fuertes, y cuando pasaba la batalla volvia á caer como una avalancha sobre la llanura.

Nadie, pues, viajaba sino en compañía y bien armado.

Hé aquí por qué los almogavares que guardaban la puerta Real no vieron nada de extraño ni en los antifaces de los peregrinos, ni en el crujimiento de armas que se sentia bajo sus túnicas, ni en que la mayor parte de ellos llevasen al hombro ballestas y los restantes picas.

Todos además llevaban á la espalda, sujeto por una bandolera sobre el pecho, un laud, excepto los dos que iban delante que tampoco llevaban armas.

En medio de esta tropa marchaba un gigantesco burro, cargado sin duda con la vitualla de los romeros.

Porque hay que tener en cuenta que la distancia de poblacion á poblacion era muy larga, y que las posadas ó albergues que se encontraban por el camino estaban generalmente desprovistos.

Los dos romeros que iban algo delante, acompañados á poca distancia por otros dos armados, eran mujeres, y á todas luces delicadas, porque parecian rendidas de fatiga.

La una de ellas dejaba ver pendiente sobre su espalda dos anchas y largas trenzas negras.

La otra, dos no ménos largas trenzas rubias.

Llevaban pequeños bordones con una calabilla en la punta, y podia repararse en que sus manos eran hermosas, mórbidas y de una delicadeza exquisita.

Por las manos, aunque no tanto como por el semblante, puede decirse la edad de una persona, es decir, si es jóven ó vieja, más ó ménos en la madurez.

Un observador que hubiese juzgado por este indicio, hubiera encontrado que la peregrina de las trenzas negras era ya de edad proveya, en tanto que su compañera, la de las trenzas rubias, estaba en la fuerza de su juventud.

Dos romeros que las seguian casi inmediatamente, que llevaban en las manos fuertes picas y dejaban oír bajo sus hábitos el crujimiento de arneses, parecian altivos caballeros, á no dudarlo.

Los otros peregrinos tenian algo tambien de soberbio y energético.

Avanzaron por la calle Real, que se extendia casi en linea recta frente por frente de la puerta.

Se deslizaron junto á la Seo, siguieron, llegaron al Coso, y metiéndose por la calle de Santa Engracia, dieron en la hospedería de los romeros del señor Apóstol Santiago.

Habia cerrado la noche, y con ella se habia cerrado la hospedería.

Avanzó uno de los peregrinos que marchaban inmediatamente despues de las dos damas, que así nos atrevemos á llamarlas, y asestó sobre la puerta con el regatón de

su pica tres fuertes golpes que retumbaron de una manera sonora en el interior.

Poco despues se abrió la puerta dejando ver un vestibulo, en uno de cuyos costados ardía una luz, pendiente del techo delante de un gran cuadro en talla de un dibujo y con coloridos rudos, en que aparecia Santiago á caballo, la espada en alto, con su pendon blanco de dos puntas, en el que aparecia la noble cruz de su orden, armado de todas armas, con la cabeza descubierta y la cabellera ondeante, atropellando moros.

Y vive Dios que era bizarra y bella á pesar de su rudeza aquella noble figura.

Hubiérase podido pensar que el pintor habia sido soldado y que alguna vez él tambien habia atropellado moros.

No hay obra humana en la que el hombre que la ha hecho no haya impreso en gran parte su carácter, por aquello de que *el estilo es el hombre*.

Habia abierto un viejo alto, cenceño, de fisonomía energética é inteligente, de cabellos largos y entrecanos, vestido con un sayo pardo, unas calzas, pardas tambien y unos gruesos zapatos.

—Pasen los buenos romeros,—dijo con esa amabilidad característica de todos los dueños de hosteria cuando se le presentan huéspedes;—la noche es más cruda de lo que pudiera dearse, y un buen fuego no os vendrá mal.

—Dadnos un aposento,—dijo con voz breve y altiva el que habia llamado,—y cuanto más distante sea y más apartado de otros en que haya gente, mejor: el voto que traemos es muy apretado.

—Seguidme, pues, mis romeros,—dijo el de la hosteria cerrando la puerta.—A ver, aquí, Gerálte; llevate ese asno á la caballeriza y conduce luego su carga á una de las estancias donde voy á aposentar á estos buenos romeros.

—Sean tres únicamente,—dijo el peregrino que sólo habia hablado hasta entónces,—una para las dos mujeres, otra para dos hombres y otra mayor para los restantes; llévase la carga del asno á la habitacion de estos últimos; sírvase lo mejor que tuviere para cenar en el cuarto de las mujeres para cuatro personas, y para los otros, cena no tan rica, pero abundante.

Y la voz del que hablaba sonaba á imperio. Parecia obedecer á la costumbre de mandar y de ser obedecido.

Y era al mismo tiempo voz de jóven.

El que la producía no pasaba sin duda de los veintidos años.

Al acabar de decir sus últimas palabras el peregrino, el hostelero abrió una puerta al fin de una galería, y dijo:

—Aquí pueden aposentarse estas dos damas.

—¿Por qué damas y no mujeres?—exclamó secamente el jóven peregrino.—Porque mujeres son y humildes, de familia de mercaderes, aunque honradas, y no damas.

—Nunca ha estado demás,—le respondió el hostelero,—la cortesía.

Y luego añadió para sí:

—¡Mujeres! ¡damas y muy damas, y de las principales! ¡Quién sabe si reinas ó princesas!

Y abrió la puerta y entró en una gran cámara amueblada de una manera antigua, pero rica.

El hostelero puso su farol sobre una gran mesa cuadrada que habia en el centro.

—Cargad de leña la chimenea,—dijo el peregrino que habia hablado entónces y que habia entrado solamente acompañado del otro que parecia caballero, siguiendo á las dos que parecian damas.

—Media encina ó una entera, como gustéis, os pondré yo, y haré que os alumbréis con cera incensada que da un muy buen olor; y sabed que aquí, aunque mercaderes seáis, es la primera vez que se hospeda gente común, que aquí cuando vino del Rosellon, encubierta para ir en romería á Santiago de Compostela, se hospedó doña Teresa de Entenza, primera esposa del difunto rey don Alfonso y madre del señor rey don Pedro, que felizmente rige á Aragon; y sin doña Teresa, princesas e infantas se han hospedado aquí muchas veces, y con frecuencia altas y nobles damas; que los romeros que vienen de Francia no creerán nunca que han hecho bien su romería si no han pasado por esta casa, en que desde muy antiguo se sirve á los romeros del Santo Apóstol, al que lo tiene, por su dinero; á los pobres, por el del concejo de Zaragoza.

—¿Y acostumbráis á cobrar las palabras que soltais?—dijo el otro que aún no había hablado y que parecía hombre de mucha más edad que su compañero y mucho más soberbio.

—Aquí no se paga lo que se lleva el viento,—dijo un tanto mortificado el de la hospedería.

—Decis mal,—repuso el otro,—porque el viento se lleva el humo, y sin embargo el humo se paga.

—Es verdad,—dijo el hostelero,—y otras cosas que también se lleva el viento se pagan, porque salen de cosas que el viento no se lleva.

—Ea, aligerad,—dijo el más joven,—y que pronto se llenen de velas esos candeleros, de la chimenea, de manjares esa mesa, y que se aderecen los lechos.

El hostelero salió, y las dos damas fueron á sentarse en silencio en dos sillones.

Los peregrinos se pusieron á pasear de un lado á otro de la cámara en silencio también. Se comprendía que ninguna de aquellas cuatro personas quería hablar por temor de ser escuchada.

.*

El hostelero era excesivamente activo, porque algunos instantes despues de haber salido volvió con dos criadas y algunos mozos, que inmediatamente pusieron velas en dos candeleros de hierro que había sobre la mesa, los encendieron, cubrieron la mesa con un buen mantel de lo mejor que se conocía en aquellos tiempos; y mientras las criadas hacían los dos grandes lechos con colgaduras de damasco morisco que había en la cámara, los mozos acabaron de cubrir la mesa con manjares y copas y jarros de hierro muy limpios y de muy buena labor, que contenían el agua y el vino.

—¿Habeis dispuesto ya el aposento para nosotros?—dijo el peregrino más joven.

—Disponiéndose esta, señor mío,—dijo el hostelero,—y creo que quedareis contento.

—¿Cuál es?—dijo el mismo peregrino.

—El inmediato á este, á la izquierda.

—¿Y dónde habeis aposentado á los otros?

—En el inmediato, á la derecha.

—Está bien,—dijo el de más edad;—servida está ya la mesa, con lo que basta. Ahora bien; salid vos y vuestros criados, y que nadie acuda sino cuando se llame.

—Muy bien, señor,—dijo el hostelero.

Y salió con las dos domésticas y los tres mozos que habían hecho el servicio.

La cena humeaba en las escudillas y lanzaba un olor confortante y apetitoso.

En la chimenea lucía un brillante fuego.

Las damas permanecían en los sillones que habían ocupado, y de los dos peregrinos, el de más edad se había acercado al fuego y se calentaba al parecer con delicia.

El joven había salido, había llegado á la puerta del aposento de la izquierda y la había abierto.

Los otros ocho peregrinos bebían ya de

los grandes jarros que para que hiciesen boca se les habían servido.

Todos ellos permanecían encubiertos, y para beber se levantaban el extremo de los antifaces.

—Gimen,—dijo desde la puerta con voz imperativa el joven peregrino.

Se destacó uno de los otros y se acercó al que le llamaba.

—Vigila,—le dijo éste,—pero como al descuido; esta galería es estrecha y fácil de observar; que se impida que nadie nos acoche; que nadie pueda oír lo que hablemos.

—Descuide vuesa merced,—contestó Gimen.

El peregrino joven se volvió á la cámara donde estaban las damas y su compañero.

Cerró con llave la puerta y luego corrió sobre ella un tapiz tupido, puesto sin duda de intento porque nadie pudiese ver lo que pasase en el interior á través de la cerradura ó de las junturas de la puerta.

Luégo examinó la cámara.

No había, en ella resquicio por donde se pudiese ver ni oír.

Dos grandes ventanas cerradas parecían corresponder á un espacio exterior.

El peregrino abrió una de aquellas ventanas, y vió que, como la otra, correspondía á una extensa huerta que iluminaba la luna.

Cerró las vidrieras y las maderas.

Entonces arrojó su sombrero, su antifaz y su hábito sobre un sillón, y dijo:

—¿Podeis descubrirnos sin cuidado, madre mía, Estrella, y vos mosen Dieguez.

El joven había quedado con un medio arnés, compuesto de coraza, espaldas, brazales y grebas con caizas pardas y abarcas de piel de toro.

Cenía una espada corta y fuerte.

De la misma manera apareció armado y vestido el caballero de más edad.

Uno á otro se deshebillaron los arneses y los arrojaron en un ángulo.

Las damas se habían descubierto también y habían aparecido con ricos jubones y ricas sayas de brocatel.

Eran sin duda gente principal.

Tal vez princesas.

.*

Empecemos, á fuer de galantes, nuestra descripción por ellas.

Era la una, la de las trenzas negras, una señora como de cuarenta á cuarenta y cinco años; blanca, con esa delicada blancura del marfil; pálida, con los ojos grandes y negros, de expresión severa y altiva, en cuyo fondo ardía una chispa que representaba algo indómito.

La garganta y los hombros de esta dama eran admirables, su estatura era aventajada, su talle esbeto.

Una profunda expresión de contrariedad y disgusto aparecía en su semblante.

La otra dama era muy joven.

Cuando más, podría llegar á los diez y ocho años.

Como belleza era una ilusión.

Rubia, blanca, nacarada, mórbida.

Las líneas de su semblante, de su garganta, de sus hombros, de su seno, tenían una armonía, una inflexión, una magia irresistibles.

Sus grandes ojos azules tenían la serenidad y la fuerza de los de la leona.

Y á la par aparecía en ellos la expresión de una pureza inmaculada y de una grande inteligencia.

Un hombre de aquellos tiempos, conocedor de los tipos de su época, hubiera comprendido á primera vista, al mirar á la joven, por los rasgos de su fisonomía, que no era aragonesa, ni navarra, ni catalana, ni castellana.

Parecía más bien valenciana.

Pero un conocedor hubiera afirmado, sin equivocarse, que era árabe, y árabe española del reino de Granada, y tal vez de las Al-

pujarras, donde más se acusa ese incitante tipo árabe español que se conserva aún como en Valencia, pero diferenciado por cierta expresión de raza.

Las valencianas son más africanas que las granadinas.

Han conservado más puro y más bravío el tipo berebere.

No parece sino que la delicada hermosura de la naturaleza de Granada ha influido en los rasgos fisonómicos de sus mujeres.

.*

Al ocuparnos de los dos hombres, á fuer de bien criados, debemos dar la preferencia á la edad.

El viejo podría contar de cincuenta y cinco á sesenta años.

Tenía los cabellos espesos y fuertes, pero completamente blancos.

Poblada y canosa barba, pero no tan blanca como los cabellos.

A primera vista se comprendía que era un magnate.

Pero rudo como los de su tiempo y un tanto bravío.

En sus poderosos ojos negros, cuyo color había bajado con los años, se notaba una fijeza infinita.

Era, en fin, una especie de tigre noble, ante el cual no podía menos de sentirse admiración y respeto.

El joven contaba de veinte á veintidós años, y era la semejanza exacta de la dama de más edad, y aunque su expresión de disgusto y de contrariedad era menos sombría.

Se exhalaban de él un gran aliento y una gran franqueza.

La joven rubia le miraba de una manera fija y profunda.

De tiempo en tiempo el joven fijaba en ella una mirada candente y dolorosa.

El joven se acercó á la dama de más edad, la rodeó un brazo al cuello y la dijo despues de besarla en la boca:

—¡Oh, pobre madre mía! ¡cuán triste estais y cuán fatigada!

—Sí, fatigada de no haber encontrado todavía mi venganza. ¡Pero cuánto tarda el abad de San Pablo! ¿No sabía él que debíamos llegar esta noche al oscurecer?

—Yo he enviado, como habeis visto, delante á Lope Lopez,—contestó el joven,—y debe haber llegado á tiempo, á no haberle acontecido alguna desventura en el camino, lo que no creo, porque á causa de tener llenos de soldados los pueblos de los alrededores de la ciudad don Pedro, los bandidos están ahuyentados.

—Es muy extraña, pues,—dijo la dama,—la tardanza del abad.

Aún no había acabado de decir la dama estas palabras, cuando sonaron tres recatados golpes á la puerta.

Acudió el joven, y sin descorrer el tapiz, dijo:

—¿Quién va?

—Soy yo, señor, vuestro Gimen,—contestó una voz de la otra parte.

—¿Qué quieres?

—Lope Lopez está conmigo acompañado de un monje.

Descorrió el joven el tapiz.

Abrió precipitadamente la puerta y entró un monje negro.

CAPÍTULO IV.

Cómo se conspiraba contra el rey en una hospedería de peregrinos del señor Apóstol Santiago.

Avanzó rápidamente el monje echándose atrás la capucha, mientras el caballero joven cerraba la puerta y corría el tapiz, y dejando ver una cabeza venerable, coronada por un cerquillo cano y ennoblecida por una luenga y poblada barba blanca.

Este religioso conservaba, á pesar de su avanzada edad, los rasgos de una grande hermosura varonil.

En sus ojos azules, empalidecidos ya por la edad, aparecía una indudable expresión de virtud y de firmeza, y al mismo tiempo una melancolía profunda y una inteligencia suprema.

—¡Oh, mi reina y mi señora!—exclamó arrojándose á los pies de la dama de más edad y besándola las manos.

La reina se apresuró á levantarse, y á su vez se inclinó y besó la mano del prelado.

—¡Y os habeis atrevido, mis señores?—exclamó el monje abarcando en una misma mirada al joven caballero y á la reina.

—¡Oh, sí!—exclamó ésta:—es necesario arrostrarlo todo para castigar la maldad de ese lobo, de ese miserable; es necesario arrostrarlo todo para impedir un gran crimen. Pero decidme, decidme, estoy anhelante: ¿qué es de la infeliz reina de Mallorca? ¿vive aún? ¿la respeta aún esa fiera?

(Se continuará.)

LA RUEDA DE LA FORTUNA.

Entre las educandas del colegio de huérfanas de militares fundado en Ecoueu por Napoleon I. y dirigido por madama Campau, distinguíanse tres hermosas jóvenes, las más bellas, las más simpáticas, y las que más unidas estaban por los dulces lazos de una amistad sincera y desinteresada.

Estas tres amigas se llamaban Maria, Clara y Hortensia.

Educadas en las ideas reinantes en aquella época, en que se proclamaban incesantemente los principios de igualdad, no se hacía en el colegio de madama Campau la menor distinción de clase, y la fraternidad que allí reinaba era para causar envidia á los más acrisolados republicanos.

Maria era hija de un pobre alferez, ciego de una descarga en las orillas del Rhin; Clara, hija de un general, que Napoleon habia convertido en príncipe; y Hortensia, hija también de otro general, tan ilustre por su valor como por los títulos y timbres de su familia.

En la época de los premios anuales, las tres amigas estaban siempre seguras de ser llamadas las primeras para recibir la corona, dando con eso su amistad mayor envidia á las que no podían igualarlas ni en inteligencia ni en sentimientos.

La amistad de las tres alumnas se aumentaba con los años, y el día en que una de ellas se vió obligada á dejar el colegio, fué el más amargo que vieron lucir entre los tilos de Ecoueu las jóvenes pensionistas.

La que salía era Maria, la más pobre, la hija del alferez ciego, que iba á consagrar su vida entera al cuidado del pobre enfermo, que se habia quedado viudo.

—¡Juremos,—exclamó Clara tomando de la mano á sus dos amigas, que sea cual fuere nuestro destino, nos reuniremos dentro de diez años en la verja de las Tullerías.

—Lo juro,—respondió la tímida Hortensia, sonriendo con la dulzura de los ángeles;—diez años á contar desde este momento.... ¿Lo cumplireis?

—Pues qué, ¿te atreves á dudarlo, Hortensia?—exclamaron á la vez sus dos compañeras.

Pero Hortensia, por toda respuesta, llamó á uno de los jardineros que cruzaban el jardín.

—Jorge,—le dijo con solemnidad,—vas á ser testigo de esta sencilla promesa. Maria, Clara y yo hemos prometido encontrarnos de hoy en diez años, á las seis de la tarde, en la verja de las Tullerías.

Maria salió aquel mismo día de Ecoueu, y Clara dos meses después para casarse, permaneciendo Hortensia casi otro año aún en compañía de madama Campau.

Diez años es un soplo para los dichosos; y si Clara, esposa de uno de los banqueros más acaudalados de Europa, se lanzó al revuelto

mar de los goces materiales, del lujo y el despilfarro sin freno ni medida, Hortensia, la ilustre dama, la preferida del emperador, no veía en derredor suyo más que esclavos que se esforzaban en adivinar su voluntad.

Los diez años se pasaron al fin; el reloj de las Tullerías dió las seis, y no se divisaba en la verja una sola persona; ¿quién fía ya en amistad?

Pero el camino se cubre de polvo; un magnífico carruaje arrastrado por cuatro caballos entra por la verja, y el lacayo, desplegando un estribo guarnecido de oro, aguarda que baje una graciosa joven, ricamente vestida, que va mirando á todas partes con inquietud.

Aquella gran señora era Maria; Maria, á la que la restauración habia devuelto los bienes que la revolución le confiscara.

Una mujer aseada, pero que revelaba en su traje una decorosa miseria, se acerca á Maria, y después de contemplarla algunos momentos con indecisión se arroja en sus brazos derramando un torrente de lágrimas.

Era Clara.

Clara, la hija del príncipe, se encontraba arruinada, pero arruinada hasta la miseria. Su marido, después de una vergonzosa quiebra, se habia fugado á Inglaterra, dejándola completamente abandonada.

—Ven,—la dijo Maria estrechándola tiernamente contra su corazón;—no me abandones jamás; en el colegio tú eras la rica y me amabas; ahora me toca á mi recordarte la fraternidad de Ecoueu.

—¿Y Hortensia?—exclamaron á la vez las dos amigas.

—¿Sabes qué ha sido de ella?—preguntó Maria exhalando un suspiro.

—¿Sabes lo que es ahora?—añadió Clara dejando correr una lágrima de sus hermosos ojos.

En aquellos diez años, Maria se habia vuelto rica; Clara no tenia un pedazo de pan que llevar á la boca, y Hortensia lloraba en Alemania su penoso destierro.

En el momento en que las dos amigas iban á subir al carruaje, salió de entre los árboles del jardín el anciano Jorge, testigo diez años del amistoso juramento.

—Señorita Maria, señorita Clara!—les dijo con la misma familiaridad que si fuesen todavía pensionistas;—aquí teneis el recuerdo de vuestra pobre amiga.

Las dos jóvenes abrieron apresuradamente la cajita que habia puesto en las manos de ambas el anciano Jorge.

En la caja de Maria se encontraba la mitad de la corona de Hortensia, reina de Holanda y madre de Napoleon III, emperador de los franceses, y en la de Clara la otra mitad.

RODUSTIANA ARMIÑO.

HONOR DE ESPOSA

Y CORAZON DE MADRE.

NOVELA ORIGINAL

DE DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

(Continuación.)

Sí, porque en sus idas y venidas habia querido acercarse á la tapia para ganar la puerta, y habia visto relumbrar la espada que empuñaba el sirviente.

De nada le hubiera servido al audaz mancebo entablar una lucha cuerpo á cuerpo con el criado, pues el severo padre habria acudido inmediatamente decidiendo la cuestión de un pistoletazo.

No, no habia lucha posible sino oponiendo la astucia á la fuerza; no habia para salvarse más recursos que los del ingenio.

Y fecundo debia ser el ingenio del joven, pues así lo revelaba en sus ojos chispeantes y en la expresión de su rostro.

Alguna vez que el resplandor de la luna permitió examinarlo, pudo verse que á pesar de que era el que en mayor peligro se encontraba, estaba menos turbado que los demás.

Lástima era que muriese allí como un malhechor el que tanto valia, el que estaba quizá dotado de un gran corazón, de una alma sublime.

¿De qué habia de servirle su ingenio?

El ingenio de nada sirve contra un par de pistolas, una mano segura, un ojo certero y una voluntad firme.

A pesar de todo esto, nos parece que el atrevido joven no se habia dado por vencido.

Verdad es que ante la muerte y en ciertas situaciones no se da por vencido el más corbarde.

El naufragio luchaba desesperadamente contra el oleaje que lo envuelve, y no pierde la última esperanza sino al exhalar el último suspiro, pues le parece que ha de encontrar asidero y apoyo en las espumosas aguas que se agitan á su alrededor.

—¡Miserable, miserable!—murmuraba de vez en cuando el caballero con voz sorda y reconcentrada.

Y rechinaban sus dientes; y sus manos, convulsas por la ira, oprimían las culatas de las pistolas, en tanto que de sus ojos se escapaban corrientes de fuego.

—¡Burlarse de mí!—decía, como si no pudiese concebir lo que pasaba.—¡Atreverse á tanto, y con quien es tanto como yo, un desdichado de tal especie!... Aún me parece imposible.... ¡Oh!... Pero ha de costarle muy cara su osadía, y.... ¡vive el cielo! que no ha de quedar para nuevas burlas y travesuras, y su castigo servirá de escarmiento á los que intenten hacerme nuevas ofensas.

Así hablando continuaba recorriendo el jardín; y lo hacia tan hábilmente, que el pobre mancebo tenia que irse refugiando hacia un rincón de donde le seria imposible salir, pues habia de encontrarse entre la pared y las pistolas.

Cada momento que pasaba era más crítica la situación del joven enamorado, y mucho más firme la resolución espantosa del caballero, pues su cólera se reconcentraba más y más con las contrariedades que dilataban la realización de su deseo.

No parecia sino que ambos jugaban al escondite.

Peligroso era el juego para el joven.

Un momento llegó en que al desdichado le fué imposible huir.

Encontrábase bastante cerca de una de las paredes de la casa y entre un bosquecillo de rosales y algunos pequeños arbustos que extendían su ramaje desnudo de hojas.

Miró á su alrededor el mancebo y se convenció de que ya le era imposible dar un solo paso sin quedar al descubierto, ó que al primer paso que el anciano diese podía con toda seguridad hacer uso de sus pistolas, sin perjuicio de que el criado acudiese en su ayuda para terminar y perfeccionar la obra con la espada.

Arrugóse el entrecejo del enamorado.

Relumbraron sus negros ojos como dos carbunclos.

—¡Por el infierno!—exclamó.—Esto va mal ¡Oh!... Puesto que es preciso morir, ¿para qué he de fatigarme?

—No te escaparás ahora,—decía el caballero.

Y desplegando una sonrisa de júbilo criminal, gozándose anticipadamente en su triunfo, volvió á la derecha y luego á la izquierda, dejando atrás el bosquecillo de rosales.

No pudo entonces contener un grito de alegría.

Junto á uno de los pequeños árboles estaba el mancebo, envuelto en su capa, moviéndose como si su cuerpo oscilase, como si vacilase en aquel último apuro.

No quiso el caballero perder uno solo de

aquellos instantes preciosos para él, y levantando el brazo derecho y haciendo la puntería, dijo:

—Ahora verás lo que cuesta ofender á una persona de mi clase.

Todo iba á concluir.

¿Quién acudiría en socorro del enamorado?

El anciano movió el dedo índice.

Brilló el fogonazo, y la detonación interrumpió el silencio de la noche.

Un instante después cayó pesadamente y envuelto en su capa el desdichado mancebo.

Resonó un grito que parecía llevarse tras sí el alma.

La pobre niña había caído sin conocimiento en brazos de su doncella.

—¡Andrés!—gritó el caballero.

Su criado acudió presurosamente y abrió la linterna, cuya rojiza luz esparcióse, esclariando un buen espacio.

—¡Míralo!—dijo el anciano, señalando al bulto informe y negro del infeliz joven que en tierra yacía.

—Veamos si está completamente muerto,—replicó el sirviente.

—No da señales de vida, y si muerto no está, la herida debe ser grave. Estoy seguro de haber apuntado bien, y ya sabes cómo manejo una pistola.

—¿Y que hemos de hacer?

—Corre, despierta á tus compañeros, avisa á la justicia.... ¡Oh!.... esto es muy sencillo; en mi casa se introduce un hombre, un ladrón, un asesino.... No sé lo que es; pero un miserable se atreve á invadir mi morada á media noche, y lo mato.

Mientras esto decía el caballero, sonaba ruido de pasos y de voces en el interior de la casa, y era que la detonación había hecho despertar á otros criados, que acudieron para averiguar lo que sucedía.

—La justicia, la justicia,—volvió á decir el caballero,—pues nosotros no estamos autorizados para tocar el cadáver.

Andrés dejó la linterna y corrió para obedecer las órdenes de su señor.

Los demás sirvientes miraban aturdidos y sin atreverse á pronunciar una palabra.

El anciano permaneció inmóvil y con la mirada fija en el cuerpo del mancebo.

Aun estaba su rostro cubierto de nerviosa palidez.

Su cabeza se levantaba orgullosamente.

Reinó un silencio absoluto y que en aquella situación tenía mucho de imponente y aun de lugubre.

El joven debía haber dejado de existir, puesto que no hacía el más leve movimiento ni exhalaba la más débil queja.

Cerca de media hora pasó.

Otra vez se oyó ruido de pasos y de voces en el interior de la casa, y luego salieron al jardín como una docena de hombres vestidos de negro y con las espadas desnudas.

Era una ronda que Andrés había encontrado cerca del convento de los Angeles y que acudía para dar principio al sumario.

CAPÍTULO III.

El cadáver.

A la cabeza de los alguaciles marchaba el alcalde de casa y corte, hombre más grave y tan severo como el padre de Maria.

Había tenido que practicar otras diligencias y lo acompañaba el escribano, de manera que nada faltaba para llenar desde luego todas las formalidades.

—Pero qué es esto, señor don Pedro?—dijo el alcalde al caballero.

—Un asunto bien desagradable; ya lo veis, mi amigo don Roque.

—Vuestro criado....

—Os habrá dicho que en mi casa se ha introducido un hombre, no sé si escalando la tapia ó violentando la cerradura de la puerta, porque no lo vimos sino cuando ya se encon-

traba en el jardín y poco á poco adelantaba hacia la casa.

—Desde dónde lo visteis?

—Desde una de las ventanas de mi aposento.

—¿Estabais solo?—preguntó el alcalde, que no olvidaba detalle alguno para la debida aclaración del suceso.

—Me acompañaba mi criado Andrés, porque iba á desnudarme.

—¿Y qué hicisteis?

—Lo que cualquiera hubiese hecho en mi lugar: tomé las pistolas, vinimos y encontramos al ladrón. Le intimé para que se rindiese; pero con osadía sin igual quiso hacer resistencia. Yo no sabía si otros bribones habían entrado también y habían de acudir en su ayuda, y pensando ante todo en mi defensa personal, disparé una de las pistolas.

—¿Y el resultado?....

—Ahí lo tenéis, señor alcalde. Me parece haber hecho uso de un derecho que nadie me puede negar.

—Veremos, veremos,—dijo el juez con la reserva que exigía su posición.

—Si no ha quedado muerto, debe estar muy mal herido.

—No se mueve,—dijo uno de los alguaciles.

—Silencio,—interrumpió severamente el alcalde.

Y añadió, dirigiéndose al escribano:

—Señor Gavilanes, preparaos á dar fe, haciendo constar todas las circunstancias.

—Preparado estoy.

—Ante todo, procederemos á levantar el cadáver, si es que cadáver está ese cuerpo. Las luces y seguidme.

Abrieron algunos alguaciles las linternas de que iban provistos y blandieron las espadas como si tuviesen que luchar con el más formidable enemigo.

—Me desagradan los muertos,—se atrevió á decir uno de los corchetes.

—Lo peor es,—replicó áspicamente el alcalde,—que también os infunden miedo los vivos, y por eso sois siempre el último para acometer y el primero para huir.

—Perdone vuestra señoría....

—He mandado callar.

No tuvieron que dar más que quince ó veinte pasos, encontrándose junto al negro bulto.

Golpeó el alcalde el suelo con su largo bastón de caña de indias, y dijo con voz hueca y grave tono:

—¿Quién sois?

Nadie le respondió.

Hizo la misma pregunta otras dos veces, y como tampoco obtuvo respuesta, dijo:

—Acercad las luces.

Obedecieron los corchetes.

Arrodillóse el juez.

Inclinóse el escribano.

Puso el primero una mano sobre el cadáver, exhaló un grito que lo mismo podía ser de sorpresa que de terror, y como impulsado por un resorte, púsose en pie y retrocedió algunos pasos.

El escribano y los corchetes hicieron lo mismo.

A uno de ellos se le escapó la linterna de la mano.

Solamente el caballero y su sirviente quedaron junto al cadáver ó herido.

—¿Qué significa esto?—dijo don Pedro con tanta extrañeza como enojo.—Aunque vida tenga el criminal, no me parece que es para infundir pavor á tantos hombres.

—No lo entiendo, no lo entiendo,—murmuró el alcalde.

—¿Doy fe?—preguntó con voz balbuciente el escribano.

—¿Y de qué habeis de darla?

—De que no entiendo vuestra señoría....

—¡Oh!....

—Vive el cielo!—exclamó don Pedro.—Señor don Roque, si el valor os falta para cumplir vuestro deber....

—¡Valor.... Acercaos, caballero, acercaos; y si lo entendéis, declararé que soy la más torpe de las criaturas.

—Pero....

—Si no habeis querido burlaros de mí, si esto no es una broma pesada....

—Señor alcalde!....

—Señor comendador!....

—¿Estais dispuesto á cumplir vuestro deber?

—Sí,—dijo el severo alcalde;—pero tal vez os pese á pesar de ser quien sois.

—¿Que estais diciendo?

—Venid.

Dió algunos pasos el juez.

Don Pedro lo siguió.

Inclinóse el primero, puso la diestra sobre la capa del joven y la levantó, sacudiéndola y arrojándola á un lado con iracundo ademán.

Debajo de la capa nada había más que la yerba y algunas flores tronchadas y deshojadas.

—¡Ah!—exclamaron en coro los alguaciles. El caballero quedó inmóvil y mudo.

Su rostro se contrajo mucho más de lo que estaba.

Algunas gotas de frio sudor corrieron por su frente.

Lo que sucedía no necesitaba explicación: El mancebo, al verse perdido, quitóse la capa y la colgó en el desnudo ramaje del pequeño arbusto.

La rama fué rota por la bala ó por el peso, y la capa cayó al disparar el anciano.

Como ya dijimos, acudió Andrés, dejando libre la puertecilla de la tapia, y entonces el ingenioso y audaz mancebo aprovechó la ocasión, pudiendo salir por donde había entrado.

La doncella, que había acudido cuando llegó la ronda, contempló la capa y desplegó una sonrisa de satisfacción inmensa.

Inmediatamente se alejó corriendo hasta llegar á la habitación de su señora, que había recobrado el sentido, y arrodillándose otra vez dirigía súplicas al Omnipotente mientras inundaba el llanto sus pálidas mejillas.

—Tranquilizaos,—le dijo la sirviente,—recobrad la calma y la alegría, porque no ha muerto, no era él....

—¿Que no era él?—exclamó la joven levantando la cabeza y fijando una mirada de estupor en su doncella.

—¡Buen chasco!—dijo ésta.

Y soltó una alegre carcajada.

—¡Juana!....

—El pobre alcalde se quedó aturdido, y vuestro padre.... ¿Qué cara ha puesto!

—¿Has perdido la razón?

—Perdonadme, pero necesito reír, y no sé cómo he podido contenerme.

—No comprendo....

—Los alguaciles temblaban, y el alcalde, creyendo que se burlaban de él, amenazaba llevar á la cárcel á todo el mundo.

—¿Quieres explicarte?

—Ya os lo he dicho, no era él.

—¿Pues quién había entrado en el jardín?

—Ya lo sabeis.

—Entonces....

—Digo que no era él, porque era su capa. Quedó aturdida la encantadora joven; pero segura ya de que su amante nada había sufrido, volvió á levantar los ojos y exclamó:

—¡Gracias, Dios mío!

Sus fuerzas se habían agotado y se sentó. Entonces fué cuando entró en explicaciones con su doncella.

Entretanto, explicábanse también como mejor podían el alcalde y don Pedro.

Sentíase este trastornado por la ira.

Se había burlado de él un pobre diablo á quien miraba con desprecio, y esto era horrible para un hombre tan orgulloso como el noble comendador.

Sin cesar juraba que había de vengarse; pero por de pronto tenía que sufrir aquella

burla que fácilmente lo pondría en ridículo si sus criados ó los alguaciles no eran reservados.

El alcalde acabó por comprender que de lo sucedido no tenía culpa alguna el comendador, y drigiéndole algunas palabras tranquilizadoras, dispuso á seguir cumpliendo sus deberes.

No estaba allí el atrevido mancebo, pero si su capa, y ésta era por entonces el cuerpo del delito.

Midieronse los pasos que desde allí medían hasta las paredes del edificio y hasta la tapia.

Examinóse ésta sin encontrar señales algunas de escalamiento, así como tampoco en la puertecilla vieron señales de violencia.

Adivinaron fácilmente que el que allí se había introducido era dueño de una llave, y debía suponerse que contaba con el auxilio de alguno de los criados.

Para averiguar esto último, entró el juez en la casa y exigió declaración á todos los sirvientes.

Juana, con tranquilidad inalterable, juró una y otra vez que ni entendía lo que había sucedido, ni sospechaba de ninguno de sus compañeros.

Eran las tres de la madrugada cuando el escribano dejó de escribir.

Uno de los alguaciles cargó con la capa y todos salieron para retirarse á descansar.

Entonces el caballero miró á su criado Andrés, y éste dijo:

—Señor, el mozo es demasiado listo y nos dará mucho que hacer.

—¿Estás dispuesto á servirme con lealtad en este asunto?

—Disponga de mí vuestra señoría como se dispone de un esclavo, de una máquina.

—Algo más necesito.

—Más haré.

—Eres astuto.....

—Un poco.

—¿No conseguirás averiguar quién es ese hombre?

—Abrigo la esperanza de conseguirlo.

—Entonces.....

—Después, todo será fácil.

—Te recompensaré tan largamente.....

—No hablemos de eso, señor.

—Vete á descansar.

Inclinóse respetuosamente el criado y salió del aposento.

Don Pedro cruzó los brazos, inclinó sobre el pecho la cabeza y empezó á pasearse.

No se había calmado su violenta agitación. Media hora después se sentó y quedó inmóvil.

Su hija se había acostado, pero no conseguía dormir.

Estaba también agitada profundamente, pero se consideraba dichosa, porque se había salvado su amante.

CAPÍTULO IV.

Querubín.

Ahora nos vemos obligados á retroceder para seguir al audaz mancebo, pues es preciso y justo que el lector empiece á conocerlo.

Apénas cerró la puertecilla sin hacer ruido alguno, corrió hasta llegar á la calle de San Bernardo, y allí se ocultó en el hueco de la puerta de una casa que estaba frente á la de don Pedro.

No permaneció allí más tiempo que el que tardó en salir Andrés para ir en busca de la justicia, y entonces el mancebo, dejando escapar una carcajada burlona, tomó también calle arriba hasta la plaza de Santo Domingo.

El sirviente se dirigió hácia la izquierda, porque vió las luces de la ronda, y el mancebo bajó hácia los Caños del Peral, atravesando luego la plaza de Oriente, llegando á Santa María, metiéndose por el Pretil de los Consejos, cruzando la calle de Segovia y entrando al fin en la plazuela del Alamillo.

Detúvose allí á la puerta de una casa de pobre apariencia, aunque de dos pisos, sacó una llave, abrió, entró, y volviendo á cerrar, resonaron sus pasos en el portal y en una escalerilla, que subió presurosamente.

Crujió otra puerta al abrirse, y pocos momentos después oyóse el estridente sonido del eslabon que chocaba con el pedernal.

Esparcieronse algunos racimos de chispas, brilló la luz azulada de una mecha de azufre, y por fin ardió la de un velon que había sobre una mesa de nogal que no tendría menos de cien años.

Pudo entonces examinarse el aposento. A más de la mesa había un arcon con fuertes cerraduras, algunas sillas, un sillón forrado de vaqueta y de respetable antigüedad, y un pequeño armario, cuya puerta tenía una rejilla de alambre.

Sobre la mesa se veían en desórden algunos libros y papeles, un gran tintero de mármol, dos botellas y dos vasos de vidrio.

Dos de las sillas estaban ocupadas por prendas de ropa de un hombre.

En las paredes había dos pequeños cuadros con imágenes de santos, y uno grande con el retrato de un caballero, cuyo ropaje señalaba la época del siglo xv.

En otra pared había un par de pistolas de poco valor, una espada y un puñal.

Estos objetos eran los únicos que se habían colgado ordenada y cuidadosamente.

El enamorado jóven, que á pesar de su clase ceñía también espada, se la quitó y la colgó, formando cruz con la otra y dejando así en medio las pistolas y el puñal.

En seguida arrojó el sombrero sobre una silla, acercóse á una puerta, levantó la cortina que la cubría, y por algunos instantes contempló á un hombre que parecía tener cincuenta años y que en un lecho muy antiguo dormía profundamente.

—Lo dejaré descansar,—dijo el mancebo. Y separándose de la puerta se sentó.

Hemos dicho ya que no tenía más de veinte años y que era de regular estatura, y ahora añadiremos que en sus formas nada hubiera podido corregir el artista más exigente y escrupuloso.

Revelaba una gran inteligencia y una rara energía de espíritu, y acababa de probar que no engañaban las apariencias.

Su vestido estaba en armonía con la pobreza de su habitación.

Sus negros cabellos daban á los atrevidos perfiles de su rostro más expresion y mayor viveza.

Era el jóven una de esas criaturas que agradan sin que pueda decirse por qué.

Su mirada era unas veces dulcísima y profundamente melancólica, y otras viva, penetrante y alegre como convenia á su juventud.

No era un hijo mimado de la fortuna; pero el tras el fantasma de la fortuna corría sin cesar y había encontrado en su camino á la bellísima hija del comendador.

Cómo pudieron amarse aquellas dos criaturas de posicion tan distinta, lo sabremos después, porque ahora debemos ocuparnos solamente de la historia del atrevido mancebo.

¿Era su padre el hombre que dormía en la habitación inmediata?

Ni era su padre, ni siquiera su pariente; pero sí su protector, y veces de padre había hecho desde que el niño se encontró en el más triste abandono.

Por desgracia, sucede con frecuencia sembrar beneficios para recoger desengaños; pero aquel protector generoso no podía decir lo mismo, pues si había hecho sacrificios por la abandonada criatura, si la había amado con ternura paternal, había encontrado recompensa en filial ternura y respeto profundo, respeto doblemente meritorio en una criatura altiva por organizacion, independiente por instinto, impetuosa por caracter, y que antes se hubiera dejado matar que someterse al más poderoso.

Querubín se llamaba el mancebo; pero muchos decían que más acertadamente le hubieran puesto el nombre de Lucifer, y para decir esto se fundaban en las muchas travesuras del jóven.

Sin embargo, Querubín estaba dotado de un corazon sensible, y sus sentimientos eran generosos hasta el último grado de la generosidad.

(Se continuará.)

EL COCHE.

Segun varios apuntes estadísticos, hace en el día 465 años que rodó por Paris el primer coche, ó por mejor decir, la primera carroza suspendida sobre sopandas, á cuyo espectáculo asistieron embelesados los curiosos parisenses para admirar á la reina Isabel, que en 1405 de tal suerte en su buena capital efectuó su entrada. Desde entonces llamaron á las carrozas suspendidas, carricoches petrimetros ó de damas.

En 1533, la reina Eleonor entró en Marsella en un carricoche de caja suspendida.

En tiempo de Francisco I, muchos señores se permitieron el lujo de comprarse un carricoche; y Cristóbal de Thou, primer presidente del Parlamento de Paris, fué quien tuvo la cuarta carroza, suspendida, en Francia.

Los cortesanos de Enrique III iban al Louvre á caballo todavía en 1586; y las señoras igualmente sobre sus monturas, cuando la reina las dispensaba el honor de recibir las.

En la época de Enrique IV eran muy raras las carrozas en Paris; el rey y la reina no tenían más que una.

El duque de Epemon, pretextando hallarse imposibilitado, fué el primero que penetró en carroza en el patio del palacio del Louvre en 1607; y solamente bajo la regencia de Maria de Medicis se concedió tal distincion á los duques y grandes gentileshombres de la corona.

El uso de cristales en los coches vino de Italia, y fué introducido en Francia por Bassonpierre. La invencion de los coches suspendidos, llamados berlina, se atribuye á un arquitecto del elector de Bandemburgo, Federico Guillermo, y la primera se vió en Viena el 1515, y luego en Londres en 1580.

En 1650, un industrial llamado Villerne, obtuvo el privilegio de establecer en Paris grandes y pequeños carricoches de plaza, los cuales aun no estaban en uso á principios del reinado de Luis XIV, por cuya razon fué un tal Sauvage, que vivia en la calle de San Martin y en la muestra de su establecimiento tenía pintado un San Fiace, quien puso los primeros coches de alquiler; y debido á esta circunstancia se les dió más tarde el nombre del Santo, que figuraba en la muestra del taller del propietario, y aun conservan en Francia la denominacion de *fiacre*.

Por el pronto se llamaron *carrozas de cinco sueldos*, porque no se pagaba más que dicha suma por la carrera. ¡No se han descuidado los alquiladores de coches en sacar mejor partido de su industria en aquella!....

En Londres se establecieron los primeros coches públicos en 1834.

En Madrid no creo que hasta muy entrado este siglo haya habido algun alquilador de coches, pues en las plazas sólo se han visto los de colleras y calesines con el loro comiendo guindas, los boleros tocando la pandero, y la fuente Cibelas pintada en la trasera. No dirán que nos adelantamos sin guardar la circunspeccion que exige la prudencia.....

El uso de los resortes de acero templado para suspender la caja de los coches se introdujo en Francia en 1787.

En 1658 había en Paris 300 carruajes; en 1768 cerca de 20.000, y en 1871 pasaban ya de 100.000.

El servicio especial de policía de la vía pública acaba de practicar el recuento del número de carruajes que transitan las calles más principales.

El punto más frecuentado en la actualidad es la plaza de la Estrella, por la cual cruzan como término medio cada día 92.327 carruajes. Despues es la avenida Varich, en que el tránsito sube diariamente á 54.114: luego los boulevares de Capuchinas é Italianos que es de 18.500; en el de Sebastopol de 11.662, y por la calle de Lafayette pasan 7.928.

En el coste del sostenimiento de la vía pública se nota una notable diferencia. En tanto que en la calle de Lafayette asciende á 15 francos 8 céntimos por metro cuadrado al año, en el boulevard Poissonniere, por donde cruzan 15.300, sólo cuesta 10 francos 80 céntimos.

Es de esperar que siga el aumento, sobre todo, cuanto sustituya al caballo, que *corre y se come*, un gromo montado en un velocipedo.

UNA ORGÍA.

Lord Byron en Venecia.

Tratábamos, amigos, de la inmortalidad del alma. ¿Es una verdad de sentimiento, ó una verdad de razon? Es preciso saberlo, y para ello bebamos.

—Es una verdad de sentimiento.

—Peters, destapa esa botella de *Champagne* y dínos si sientes tu alma en alguna parte.

—Con el respeto que os debo, señor, no.

—Pues bien, llama á mi palafrenero, á mi cochero, á mis criados, y preguntales á todos si saben dónde tienen el alma.

—Es inútil, Byron; será si queréis una verdad de razon.

—¿De razon? ¡Por San Jorge! Estaré loco, pero no creo en ella. Escuchad, amigo, esta es una disputa frívola. Creemos todos en un alma, como creemos en la Providencia cuando no tenemos un cuarto. Cuando poseo mil guineas soy ateo, bebo; cuando no tengo más que quinientas soy pirronista, disiento y dudo; cuando sólo me quedan ciento soy deísta, creo; en fin, cuando he gastado la última soy religioso, ruego y amo, porque es necesario tener un alma profundamente religiosa para amar. Todo es religion en el amor; y además, ella misma es su manantial. Amad á una española y escuchad una misa de difuntos, vereis sus hermosos ojos negros seguir á traves de los pilares de una catedral, y mirad, debilitadas por el incienso, las pálidas luces que bañan con su sombrío resplandor la imagen de la Virgen; tomad la linda mano de la castellana, ó mojad vuestros dedos en la pila de mármol del agua bendita; ahogadla en vuestros brazos, con sus lágrimas, sus gritos y su mantilla recogida, ó abismaos en un éxtasis cuando el sacerdote eleva la hostia en el momento de consagrar, y despues preguntad á vuestro corazón la diferencia que encuentra en estas distintas emociones. Y así, amigos, rogar es amar. En todas partes se hallan la religion y el amor. Vamos, os invito á todos á que bebais en esta copa.

Homero os hubiera dicho: «Agathon la habia adquirido de Osmindas, Osmindas la habia ganado á Triptolemo en los juegos del Disco; Triptolemo la habia recibido de Júpiter.» Yo os digo: Está llena de vino de Canarias; bebed.

—Byron, estais loco. ¿Qué idea ha sido la de engarzar en oro esa copa de martil, y haberla puesto por pié ese esqueleto, cuyos ojos huecos nos hacen burla, cuya boca parece que bebe con nosotros? ¡Byron, sois egipcio, y queréis hacer pagar á vuestros amigos su escote á la tristeza!... Ya está con su fiebre y su melancolía; Peters, llevaos esa copa.

—Byron, estais loco. ¿Qué idea ha sido la de engarzar en oro esa copa de martil, y haberla puesto por pié ese esqueleto, cuyos ojos huecos nos hacen burla, cuya boca parece que bebe con nosotros? ¡Byron, sois egipcio, y queréis hacer pagar á vuestros amigos su escote á la tristeza!... Ya está con su fiebre y su melancolía; Peters, llevaos esa copa.

—Byron, estais loco. ¿Qué idea ha sido la de engarzar en oro esa copa de martil, y haberla puesto por pié ese esqueleto, cuyos ojos huecos nos hacen burla, cuya boca parece que bebe con nosotros? ¡Byron, sois egipcio, y queréis hacer pagar á vuestros amigos su escote á la tristeza!... Ya está con su fiebre y su melancolía; Peters, llevaos esa copa.

—Dejadla.... Voy á contaros la historia de esa copa. Un día me encontré á una mujer en una casa de juego; tenía una sociedad de pillos, banqueros, miembros del Parlamento, hijos de lóres, duques y condes. En su casa, el mismo Sardanápalo se hubiera avergonzado; pero ¡vive Jorge! en ella se gozaba más libertad que en un palacio, señores; en ella no se medían el vino, la decencia y el placer; en ella habia mujeres que nos embriagaban sin hacernos caer, á nosotros gentileshombres. Si hubieseis visto la mia, tomaba tabaco como Southey el poeta, y fumaba cigarrillos como un andaluz. ¡Pobre mujer! la he amado.

¡Oh! ya sabeis, señores, que he recorrido todo el mundo; he aspirado las rosas de Madrid, las pálidas anémonas de Portugal, los lirios de Francia. Hablemos sin mentir: he amado las mujeres lindas de todas las naciones. Ha habido algunas que para verme á mi, á Byron, han escalado de noche las paredes de un convento; otras que por amor se han ahogado en el mar; otras que se han ido consumiendo sin decir el secreto de su mal. He reído como un loco, porque despues de una, otra; el sol hace esto mismo con las flores; un día las da color, las abre; al siguiente las abrasa.

Pero ella, con su depravacion y con sus cartas y sus dedos cargados de diamantes y su conversacion cínica y su embriaguez y su marido que le daba golpes, no se borra ni un instante de mi imaginacion, y os diré por qué la amaba tanto.

Porque tenía un marido á quien envenené por mí; un hombre joven aún y hermoso, timbalero en el *Royal-Overland*. Su crimen la llevó al cadalso. Ya veis que fui la causa de su muerte. ¡Ah! ¡dejadme llorar la mujer del timbalero!

—Pero, Byron, de la historia de una copa habeis pasado al recuerdo de una ramera que ya no es más que polvo.

—¡Polvo! en presencia de la muerte, al acordarme de una pérdida tan grande, no soy materialista, señores. Creo en la inmortalidad del alma, en la resurreccion de la carne, en la remision de los pecados, y en la vida eterna.

—Tendreis razon, Byron; pero no lloreis con tanto calor un día de embriaguez.

—¡Que no llore! no sabeis que la noche de su ejecucion me acerque á ella, le corté la cabeza y mandé hervir esta cabeza. No me la comí, creedlo: la despoje de los cabellos y la carne, y cuando estuvo pulida por la mano de un artista, un joyero de Milan me la engastó en forma de copa.

—¡Gran Dios! ¡Byron, nos habeis hecho beber en el cráneo de vuestra querida!

Y Byron cayó con la embriaguez como muerto debajo de la mesa.

TORCUATO TÁRRAGO Y MATEOS.

SECCION DE AMÉRICA.

NOTICIA

ESTADÍSTICA Y GEOGRÁFICA

DEL IMPERIO DEL BRASIL.

Su extension, poblacion, capitales y sus habitantes.—Ciudades principales, religion, gobierno, dinastía, soberanos y demás miembros de la familia reinante, etc., etc.

El imperio del Brasil, llamado históricamente *imperio de Santa Cruz*, mide una superficie de 25.000 leguas cuadradas. Tiene seis millones de habitantes; siendo de origen lusitano la gente blanca del país, y mucho más numerosos los portugueses que en él habitan que otra clase de extranjeros, entre los cuales abundan alemanes y franceses.

Su mayor extension desde el *Bocaráina* hasta la hoz del *Chuy*, es de 760 leguas, y su mayor anchura, desde el *Cabo Blanco* hasta la corriente del *Tacury*, de 727 leguas.

Confina al Norte con las Guyanas francesas, holandesa é inglesa, y con la republica de Venezuela; al Oeste con las repúblicas del Ecuador, Bolivia, Paraguay y la confederacion Argentina; al Sur con la república Oriental, y al Este está bañado por el Océano.

Hay en el imperio un arzobispo metropolitano, que es el de la Bahía, y obispos, que son los del Pará, Maranhão, Pernambuco, Rio-Janeiro, San Pablo, Mariana, Goyaz, Matto-Grosso.

El gobierno del Brasil es monárquico-hereditario-constitucional-representativo. Los poderes politicos reconocidos por la constitucion, son: el legislativo, el moderador, el ejecutivo y el judicial. Todos estos poderes se delegan por la nacion á sus representantes, que son el emperador y la asamblea general.

La dinastía reinante es la del señor don Pedro II de Alcántara, hijo de don Pedro I, fundador del imperio.

El Brasil se halla dividido en 18 provincias, y su capital es la heroica ciudad de San Sebastian de Rio-Janeiro, con más de 200.000 habitantes, y uno de los puntos más deliciosos del globo, con un puerto ideal de más de seis leguas, formando un anfiteatro ornado de los caserios más pintorescos, con una vegetacion pujante y amena, superior á cuanto es posible imaginar de más bello y variado. Llamán *fluminenses* á los hijos de Rio-Janeiro, tomando la palabra de río: *flumen fluminis*, refiriéndose al Amazonas, en el que tan notables descubrimientos acaba de hacer el profesor Hartt.

Provincias.	Habitantes.	Capitales.
Pará.....	190.000	Belem.
Maranhão.....	185.000	San Luis.
Piahy.....	50.000	Oeiras.
Geará.....	200.000	Geará.
Rio Grande del Norte.....	80.000	Natal.
Parahyba.....	260.000	Parahyba.
Pernambuco.....	650.000	Recife.
Alagoas.....	280.000	Maceió.
Sergipe.....	200.000	S. Cristóbal.
Bahia.....	760.000	S. Salvador.
Espirito.....	75.000	Vitoria.
Rio-Janeiro.....	630.000	Niteray.
San Pablo.....	610.000	San Pablo.
Santa Catalina.....	40.000	Destierro.
Rio Grande del Sur.....	170.000	P. Alegre.
Matto-Grosso.....	82.000	Matto-Grosso.
Goyaz.....	150.000	Goyaz.
Minas Geraes.....	930.000	Ouro Preto.

Augusta Casa imperial.

Su majestad imperial el señor don Pedro II, emperador constitucional y defensor perpetuo del Brasil, nació el 2 de Diciembre de 1825. Sucedió al trono por abdicacion de su augusto padre en 27 de Abril de 1831; asumió el gobierno en 23 de Julio de 1840; fue sagrado y coronado en 18 de Julio de 1841; casó por poder en 30 de Mayo de 1843, y recibió las bendiciones en el mismo año en 4 de Setiembre con

Su majestad la señora doña Teresa Cristina Maria III, emperatriz del Brasil. Nació en 14 de Marzo de 1822, y es tia del ex-rey de las Dos Sicilias.

Hijos.

Su alteza la princesa doña Isabel, que nació en 29 de Julio de 1846, y está casada con el conde de Eu, generalísimo de las tropas del Brasil, y el que ha regentado el imperio mientras el emperador ha viajado por el extranjero con permiso de las cámaras.

Su alteza la princesa doña Leopoldina, que nació en 13 de Julio de 1847.

Su alteza el príncipe imperial, que nació en 19 de Julio de 1848.

El emperador tuvo por hermanos á la serenísima señora doña Maria, reina que fue de Portugal; á la serenísima señora doña Januaria, á la serenísima señora doña Maria Amelia, y á los serenísimos príncipes don Luis, y otro, de los que algunos han fallecido ya.

El Brasil es una monarquía perfectamente administrada, con una enseñanza de primer orden en todos los ramos del saber humano; con una prensa independiente y muy ilustrada; con grandes medios, en fin, de engrandecimiento, debido á la iniciativa del emperador, que por su profundo saber y esclarecidas virtudes ha conseguido hacer simpática la forma de gobierno que preside, en un país tambien inclinado á la república, máxime hácia la banda Oriental, donde fue el teatro de los *Caramurusez*, comandados algun tiempo por Garibaldi.

Declarada la abolición de la esclavitud de un modo prudente y acertado, marchará el Brasil más rápidamente por las vías del progreso tranquilo, sin tener nada que envidiar á los países más adelantados, con oradores como Paulino de Souza, estadistas como Bastos, poetas como Gonzalves Diaz, y con una pleiade, en suma, de genios ilustres en todos los ramos del saber humano, dignos de las más sinceras alabanzas. El actual embajador del Brasil, señor Lopez Gama, pertenece á los hijos más ilustres del Brasil por sus elevadas prendas de carácter y sólida instrucción, habiendo sucedido al Sr. Gordim, hoy ministro residente en Montevideo, persona tambien de las más bellas condiciones morales é intelectuales, cuya esposa, hija del célebre homeópata de Rio-Janeiro, doctor Cochrane, es un modelo de virtudes domésticas y rara instrucción.

El emperador del Brasil, que tan gratos recuerdos ha dejado de su estancia en España, es sin duda uno de los primeros monarcas del mundo por sus grandes virtudes y grandes y vastos conocimientos, especialmente en ciencias naturales.

DR. LOPEZ DE LA VEGA.

AUSENCIAS CAUSAN OLVIDO.

NOVELA

POR TORCUATO TÁRRAGO.

PRIMERA PARTE.

(Continuación.)

IV

Cuestion de matemáticas.

Conocemos la fuerza de un caballo á la carrera.

Conocemos tambien la de un toro cuando embiste en medio del circo.

Sabemos hasta dónde alcanza el empuje de un dromedario levantando sobre su lomo todo el ajuar de una familia árabe.

Sabemos tambien hasta dónde llega la resistencia de un elefante llevando sobre si toda una torre de guerra con sus respectivos combatientes.

Está graduada la fuerza de un torrente desbordado.

Hoy se sabe á punto fijo la cantidad de violencia que tiene la catarata del Niágara.

Tambien se sabe la del Vesubio en una de sus erupciones.

La del huracan en una de sus sacudidas.



D. AMADEO I, REY DE ESPAÑA.

La del vapor en cualquiera de sus experimentos.

La de la electricidad en medio de las tempestades.

Todo esto está graduado, pesado, analizado y comprendido por la ciencia, desde la fuerza bruta hasta la fuerza de los elementos; pero lo que todavia no se ha podido comprender, ni analizar, ni pesar, ni graduar es la fuerza que llevan dos miradas que se buscan, que se chocan y se encuentran en el espacio, acaso para darse un beso, tal vez para engendrar una esperanza.

Los sabios y los filósofos han tenido que doblar la cabeza ante esa fuerza inmensa que existe en el corazon humano y se desarrolla á traves de la retina de los ojos.

Esto así, cuando por primera vez, y subrayamos esta frase con toda intencion, cuando por primera vez se vieron Rafael y Ana sintieron toda esa fuerza impulsiva que ni tiene limites ni tiene graduacion posible; se vieron de un modo diverso de como hasta allí se habian visto, se adivinaron bajo otra forma, se comprendieron bajo otro pensamiento.

Y de este modo, Rafael desde su terrado y Ana desde la plazuela, se miraban á hurtadillas con timidez, pero con esa timidez extraña que siempre quiere estar á prueba.

Y aquel tiroteo de ojos duró quince dias, quince dias en que Rafael se puso más delgado y amarillo, y en que Ana se puso más encarnada y más bonita.

¿Por qué en aquellos dias no tenían valor para hablarse, ellos que se habian criado juntos, ellos que habian jugado á todos los juegos conocidos y que se trataban con esa familiaridad de niños, que jamás se pierde por más que los años tengan siempre la triste mision de borrar todo lo pasado?

Que conteste quien quiera á esta pregunta. No-otros narramos sin meternos á analizar, y por lo tanto dejamos la respuesta al prudente juicio de nuestros lectores, y más aún, á la aguda penetracion de nuestras lectoras.

Fueran lo que quieran aquellas miradas, es lo cierto que Rafael no comia lo que acostumbraba comer, y Ana no saltaba lo que acostumbraba saltar. Verdad es que en aquellas miradas habia algo de insólito y extraordinario; que allí habia algo de tempestad y algo de invisible; que allí existia un alfabeto desconocido, en que los dos querian leer, pero que aún todavia no habian encontrado la clave para descifrar aquel abecedario, y los dos permanecian mudos, indiferentes en la apariencia, más indiferentes que en tiempos normales.

¿De qué modo se descifró aquella página de la existencia de Ana y Rafael? Diremos como el Tasso en su *Jerusalén*:

Ten, ¡oh musa! la bondad de revelarlo.

V

Primera parte de un cuento de color de cielo.

Una mañana de primavera; una de esas mañanas en que el aire tiene flores invisibles para perfumarlo todo; una mañana en que al parecer se habian dado cita cuantos ruiseñores habia en la comarca para cantar un himno á la alborada; una mañana en que el purísimo azul del cielo estaba sembrado de nubes de oro, y en que el sol, perezoso y soñoliento, principiaba á cubrir con su reflejo de púrpura las lejanas cordilleras, saltó de su casa, como de costumbre, el beneficiado don Anselmo para decir misa en su parroquia.

Y como era costumbre tambien el que Rafael ayudase esta misa, el joven salió despues de su tio, llevando el Perrone debajo del brazo y la cabeza algun tanto inclinada sobre el pecho.

Pero no bien el tio y el sobrino habian dado cuatro pasos, cuando abriéndose la puerta del Labrador Pedro Avellan salió por ella Maria Fernandez, su esposa, acompañada de su hija Ana.

El beneficiado y Maria se saludaron con la cordialidad de dos buenos y honrados vecinos, mientras que Ana se puso colorada como una cereza y Rafael pálido como un difunto, cual si aquel encuentro tan sencillo los hubiese sorprendido extraordinariamente.

Don Anselmo fué el primero que tomó la palabra.

—Buenos dias, vecina. ¿Cómo tan temprano se encuentra usted en la calle?

—Sabía que iba usted á decir misa, y vamos á oirla,—contestó Maria con semblante alegre.

—Sea en hora buena, y me alegro mucho que enseñe usted á esa niña á que sea tan buena cristiana como su madre.

—Es que mi hija,—contestó Maria con cierto orgullo mirando á la hermosa Ana,—es hoy la que me lleva á la iglesia.

—Mejor que mejor.

—Ya se ve, ella quiere tener su trapillo aparte, y hoy lleva á misa cuatro onzas de seda que trata de echar (1).

—Pues vamos adelante, hija mia,—dijo el beneficiado dirigiéndose á Ana;—yo me ofrez-

(1) Es costumbre en nuestros países meridionales que las mujeres *echen seda*, lo que es por cierto entre la gente agricultora un gran recurso para las atenciones domésticas. En Guadix, estas mujeres se consagran á tan delicada faena, y las que no tienen *morales ó moreras*, que es el árbol de cuya hoja se alimentan los gusanos de seda, compran dicha hoja, ganando por lo común muy buenas cantidades. Al acercarse el mes de Mayo, las mismas mujeres llevan en el pecho la simiente de la seda, oyen misa con ella, la hacen bendecir, y en seguida la ponen en calor para resucitarla, lo cual se hace colocándola en una taza, poniendo un papel picado encima y sepultándola entre dos colchones. Acto seguido principian á salir los gusanos, que se ecogen en una hoja de moral.

co á bendecirte la simiente de la seda para que Dios te dé el ciento por uno.

Dicho esto, don Anselmo echó á andar y todos lo siguieron.

Era consiguiente que en aquella marcha, algun tanto silenciosa, Ana y Rafael se tropezasen alguna que otra vez y aún se tocasen con los codos; pero cuando esto sucedía se separaban violentamente, como si tuviesen miedo á aquellos golpes de la casualidad.

De este modo llegaron al templo. Poco despues se dijo la misa, la cual fué ayudada por Rafael. Don Anselmo bendijo la seda, y cuando el bueno del beneficiado se disponía á regresar á su casa, Maria se le acercó y le dijo:

—Quien ha hecho lo más tiene que hacer lo menos, vecino. Ya que nos ha dicho usted la misa y ha bendecido la seda de mi niña, justo es que se vengán ustedes á almorzar con nosotros. Hoy es el primer día de *cabaña* (1), y beberán una leche riquísima, además de una cuajada especial.

—Doy á usted las gracias, vecina,— contestó don Anselmo.— Ya sabe usted mis costumbres, y á mi edad no es conveniente variarlas.

—Si es por eso, tomará usted en mi casa su perpetuo chocolate.

Atacado hasta en este terreno, don Anselmo capituló y aceptó el desayuno. Excusado será decir que Rafael por su parte y Ana por la suya se pusieron locos de contentos al ver que iban á desayunarse juntos.

Una vez admitido el convite de Maria, se dirigieron rápidamente á la casa de ésta, en cuyo ancho portal entraron de allí á pocos momentos.

Aunque ya hemos dado una ligera idea de lo que era la casa del padre de Ana, ó sea el Labrador Pedro Avellano, conviene en esta ocasion dar nuevos detalles para conocimiento de nuestros lectores.

Pasado el portal, se entraba en el patio más alegre del mundo, cubierto y sombreado por un hermoso parral, y rodeado de una guirnalda de esas flores sencillas que vulgarmente se llaman de *Don Pedro*, y que ya son amarillas y rojas, ya disciplinadas y blancas.

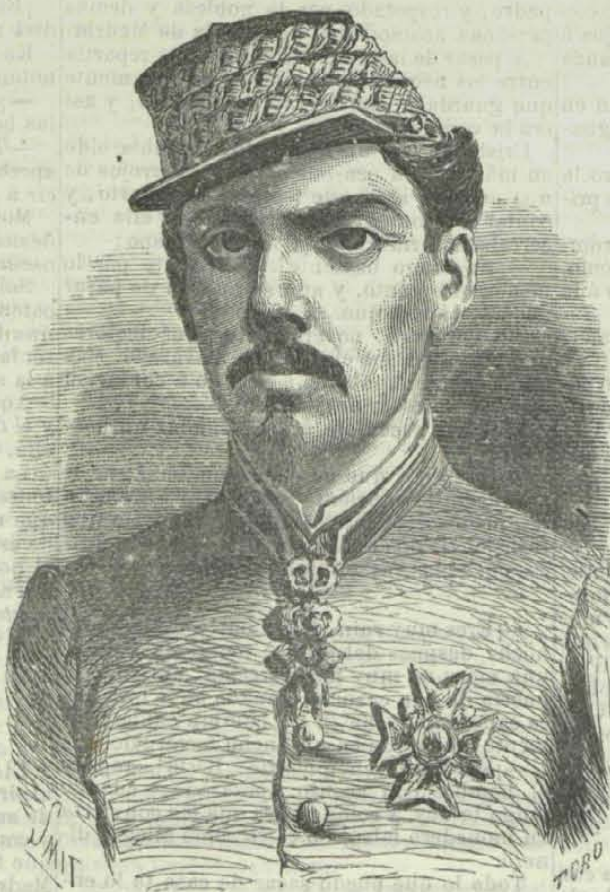
En un extremo se veía el ancho brocal del pozo, y á su lado una gran pila llena de agua, donde bebían á la sazón los *pares* (2) del dueño de la casa.

A la entrada, por la derecha, estaba la escalera que conducía al piso superior; á la izquierda se hallaban los cuartos de los mozos y las cuadras; enfrente se veía una tosca verja de madera pintada de color de almagra, que daba paso á un huerto de media fanega de tierra de extension.

Lo primero con que se tropezaba, subiendo la escalera, era la cocina. En ella bien podían pasearse treinta personas con toda comodidad. Al tender una ojeada por sus muebles y dimensiones, lo que más se venía á la imaginación era el recuerdo de las célebres cocinas de Van Ostade, puesto que á haber alguna diferencia siempre estaría el mérito á favor de la cocina de Pedro Avellano.

En el momento en que penetraban por ella Maria Fernandez, su hija y sus dos convidados, se retiraba del fuego parte de la leche ordeñada por la mañana, á fin de tomarla cuajada y prensarla en moldes preparados al efecto para sacar los quesos.

Dos mujeres, limpias como el oro, se ocupaban en esta tarea; otras dos, con lienzos blancos como la nieve, preparaban las bolas de requesones, á fin de colocarlas en azafates de mimbres, cubiertos de verdes hojas de



D. CARLOS DE BORBÓN Y ESTE.

parra; por último, dos pastores con sus pellizas blancas retiraban las cuajaderas y demás útiles que habían de servir para ordeñar la leche en la velada inmediata.

La entrada de Maria produjo un movimiento más rápido y más inusitado en aquellos criados y criadas. Aquella ama activa y diligente lo proveía todo con su mirada, y bastaba sólo su presencia para que cada cual llenase cumplidamente su obligación, sin necesidad de palabras estimulantes y frases enérgicas y decisivas.

En pocos momentos, Maria comunicó las órdenes que le parecieron oportunas para que se preparase el desayuno, y pasó con sus convidados á una sala que tenía un ancho balcon de madera que caía al huerto.

El beneficiado y Maria se sentaron, entablado una larga plática sobre los cuidados campestres, y Ana y Rafael se encontraron, casi sin saber cómo, en aquel ancho balcon, tan lleno de luz como fresco y perfumado por las suaves emanaciones de la primavera.

Este repentino aislamiento, que en otra ocasion hubiera pasado desapercibido, produjo en los dos jóvenes un embarazo extraordinario. Buscaban palabras que decirse, y no las encontraban; no se atrevían á mirarse, y lo que es más, apenas tenían aliento para respirar. Rafael tropezó por ultimo con una frase para decir alguna cosa, pero esta frase era una pura tontería en aquellas circunstancias.

—¡Qué buen tiempo hace para el campo!— exclamó con el mismo tono que si hubiese pronunciado una sentencia de Platon.

Ana volvió la cabeza á esta salida, levantó el labio superior con una gracia inimitable, y contestó:

—Mi padre dice que conviene que llueva. La lluvia de primavera saca la cosecha entera, dicen generalmente nuestros labradores.

Esta respuesta dejó estático á Rafael. Entonces comprendió que había dicho una necedad, y se puso colorado.

Pero era preciso seguir diciendo alguna cosa, ya que el silencio era peor que la conversacion, y despues de dar mil vueltas á su mente, dijo otra nueva tontería, aún mayor que la primera.

—¡Qué huerto tan hermoso! ¡Lo vais á sembrar este año de pimientos y tomates!

Ana volvió á contraer los labios y contestó:

—Mi padre es quien entiende de eso. Mal podré decir de qué se va á sembrar el huerto.

Rafael comprendió segunda vez su impertinencia, y de nuevo se puso encendido como un chico de seis años. Estaba en el caso de enmendar tanta torpeza, y quiso buscar un nuevo motivo para emprender la conversacion. Nunca su imaginación había estado tan pobre de recursos; mas como obediendo á una idea que vino á dominarle, dijo al cabo de tres minutos de silencio:

—Para el día del Corpus se verificarán los exámenes en el seminario, y entonces ganare el segundo año de teología. Queda, por lo tanto, poco más de un mes.

Ana pareció admirarse de tan estupenda noticia, y acaso ésta le dió margen para poder contestar:

—¡Conque para el día del Corpus? ¡Eh?

—Así me lo ha dicho el catedrático.

La hermosa niña se puso á quitar las hojas marchitas ó secas de un jazmin que subía hasta el balcon, y en seguida preguntó entre dientes:

—¿Es decir que cuando pase ese tiempo?...

—Entraré á estudiar el tercer año de teología,—respondió Rafael.

Pasó por la frente de la niña una cosa como una nube, ménos aún, como una sombra, y guardó silencio.

Rafael lo guardó tambien, y así pasaron cinco minutos.

Mientras tanto, se iba preparando el desayuno, y las criadas de la casa extendían sobre una mesa un mantel más blanco que la nieve.

De pronto dijo Ana:

—¿Qué libro es ese que llevas debajo del brazo, Rafael?

—Es el *Perrone*,—contestó el manco.

—Yo no entiendo eso,—replicó la niña como enfadada.—Te pregunto por el libro, y me contestas con otra cosa.

—Te he dicho el nombre del autor. Nosotros los estudiantes lo llamamos así; pero es, en resumen, un tratado de teología.

—¿Y para qué sirve la teología? ¿No es eso lo que estudian los clérigos?—preguntó Ana.

—La teología sirve para comprender la ciencia de Dios,—replicó Rafael creciéndose dos palmos, al ver que podía decir algo de sustancia delante de Ana.—Respecto de tu segunda pregunta, te diré que esa ciencia es la que estudian los que se dedican al sacerdocio.

Ana se puso pálida y contestó:

—Segun eso, ¿tú la estudias para ordeñarte?

—Mi tío lo ha deseado, y.... ya se ve.... como mi tío lo quiere.... me verá obligado á darle gusto.

—¿Es decir que serás clérigo?

Y los brillantes ojos de Ana se clavaron en la humilde fisonomía de Rafael con una extraña tenacidad.

—¡Clérigo!—replicó el joven sintiendo un temblor extraordinario en todo su cuerpo.—¿Y qué otra cosa puedo ser? Nunca he salido de la iglesia.... Mi padre y mi madre sueñan

(1) Llámase así la preparación de la leche para la elaboración del queso. Dura un mes ó dos.

(2) Denominación genérica que se da á dos, cuatro, seis ó más pares de mulas.

con la esperanza de verme un día vestido con la sotana y el manto.... Vuelvo los ojos á todas partes, y no descubro más esperanza y más porvenir. ¿Qué he de ser pues?

Y á su vez los ojos del joven se fijaron en Ana, que bajó los suyos como si se resignase á un golpe mortal.

Iba en aquel momento á replicar, pero la voz de Maria vino á sacarlos de aquellos primeros esplendores de la existencia.

—El desayuno está servido,—dijo rompiendo aquella cadena que, sin saber cómo, principiaba á eslabonarse. Niños, vamos á la mesa.

Ana miró furtivamente á Rafael, y Rafael miró furtivamente á Ana.

En aquellas dos miradas fugitivas, ¿no podía encerrarse toda una historia de sentimientos vehementes y misteriosos?

Dejamos la pregunta en el aire para que nuestros lectores contesten á ella.

VI

La segunda parte del cuento.

El desayuno fué sencillo, pero excelente. Maria habia dispuesto para antes del chocolate unas magras de Trevez (1), mucho más ricas y apetitosas que todos los manjares que adornan los escaparates de Lhardy. Allí no habia arte, pero habia verdad. El chocolate podia hacer honor al florentino Antonio Carletti, que fué quien lo importó á Europa en tiempos de Motezuma.

Don Anselmo se saboreó con él y con unos bollos de aceite llamados *Macarros*, los cuales podian competir con los bizcochos más delicados.

Después del chocolate se sirvió leche con azúcar, pero don Anselmo no quiso probarla temiendo le hiciese daño. La buena Maria, que se esforzaba por complacer á sus huéspedes, quiso al punto proporcionar otros postres, y se apresuró á decir á don Anselmo:

—Ya que no quiere usted tomar leche, voy á que coma fresa. ¿Le gusta á usted la fresa?

—Muy pocas veces la he comido,—contestó don Anselmo,—pero no me desagrada.

—Pedro ha plantado en el huerto este año una porción de matas, y han florecido que es un primor. Ana,—prosiguió aquella mujer solícita,—baja y coge una cesta de fresa. Rafael te pueda acompañar en esta operación.

Ana no contestó. Acercóse á una alacena, tomó una cestilla de mimbrres, blanca como la nieve, y mirando á Rafael le indicó con una mirada, más bien que con un gesto, la puerta que conducía al huerto.

Hay en el corazón de la juventud un presentimiento siempre vivo y eficaz, que es el presentimiento de la esperanza. Rafael no dijo una palabra, pero obedeció ciegamente á la casi imperceptible indicación de Ana.

Ya hemos dicho lo que era el huerto de Pedro Avellan.

(Se continuará.)

LA CABEZA SANGRIENTA.

LEYENDA TRADICIONAL DE MADRID.

I

Cuentan las historias, y también la tradición, que á fines del siglo XVII vivia en Madrid un joven sacerdote, modelo de caridad y de virtudes.

Hijo de una noble y rica familia, habia heredado de sus padres cuantiosos bienes, que empleaba en su mayor parte en obras de caridad.

Allí en donde habia lágrimas que enjugar ó una miseria que socorrer, se presentaba el buen sacerdote con palabras de consuelo en los labios y oro en las manos.

Bráulio, que así se llamaba, era adorado por los pobres, de quienes podia llamarse el

padre, y respetado por la nobleza y demás personas acomodadas de la villa de Madrid.

A pesar de las crecidas sumas que repartia entre los necesitados, decíase públicamente que guardaba considerables riquezas, y así era la verdad.

Cristóbal, su único criado, le habia oído en más de una ocasión abrir los cerrojos de una enorme arca que tenia en su cuarto, y contar y recontar el dinero que en ella encerraba, murmurando al mismo tiempo:

—¡No tengo bastante!.... Necesito por lo menos otro tanto, y aun se habrán de pasar dos años antes que....

Sin embargo, no crean nuestros lectores que este afán por el dinero era avaricia. Más noble causa impulsaba á Bráulio á contar su tesoro y á desear aumentarle.

El buen sacerdote queria fundar un hospital.

Sus rentas, que no podia enajenar, no le producian lo suficiente para llevar á cabo fin tan piadoso, y contaba con que tendrian que transcurrir dos años para que sus más dulces ensueños fuesen una realidad.

II

—¡Eres muy ruin, Cristóbal!—decía cierta noche después del primer toque de ánimas una moza no muy mal parecida, abriendo la puerta de una casucha situada en la que hoy es calle de Atocha, á un hombre cuidadosamente embozado en un ancho ferreruero.

—¡Mal haces en quejarte, Berta!—replicó el hombre con acento apesadado:—cuando tengo te doy, y como no sea que me convierta en monedero falso, no se ya cómo allegar dinero.

Todo lo que puedo sacar de casa te lo entrego, y las viandas le cuestan á mi amor tres veces más de lo que valen.

—¡Ah! ¡Berta, Berta! ¡Solo por tu amor me he hecho criminal!....

—Solo por obtener tus sonrisas he faltado á la fidelidad que debo á mi buen amo, á mi noble bienhechor; y lejos de agradecerme como debieras, continuamente me estás echando en cara mi pobreza!....

Bien dicen, que el que sirve al diablo....

—Pues, hijo de mi alma,—dijo aquella mujer haciendo un mohín,—estamos por fortuna en hora y lugar muy á propósito para que terminen de una vez estas cuestiones.

Vas á marchar de mi casa. La puerta de la calle es esa, y con no volver....

—¡Si, ya sé!—exclamó el hombre lastimosamente.—¡Aun cuando yo no volviera por aquí, ya sé que no me echarias de menos!.... ¡Eres muy ingrata, Berta!....

—Seré lo que gustes, pero lo dicho dicho. Si de aquí en adelante no me manifestas tu cariño más que con quejas, puedes dejarme en paz.

—¿A qué engañarte?

El día en que tú te vayas, no ha de faltarme ¡créeme! hombre á quien amar, briales con qué vestirme, ni viandas que comer. ¡Ya lo sabes, Bráulio, no te digo más!

Y esto diciendo la moza, empujó suavemente hacia la calle al del ferreruero.

—Mucha prisa tienes hoy por quedarte sola,—dijo este con acento celoso.

—Si, que ya ha sonado el último toque de ánimas.

—¡Pues bien!—continuó el hombre resueltamente.—Por tu amor seré capaz de buscar oro hasta en el infierno mismo, y veremos si cuando sea rico puedes amarme un poco más de lo que me amas ahora. Está prevenida para lo que pueda acontecer; te advierto, y á Dios, hasta mañana, ¡o quizá hasta muy pronto!....

El mal parado amador salió á la calle, y la mozueta cerró la puerta de su casa tarareando una canción un tanto obscena.

III

—Suceda lo que quiera,—iba diciendo para sí el del ferreruero,—estoy resuelto á todo antes que continuar así.

¡Esta noche! ¡esta noche misma se decidirá mi suerte!

En aquel momento, la voz plañidera y monótona de un demandadero sonó á lo lejos.

—¡Hermanos!—decía,—¡hagan bien por las benditas ánimas!

—Tarde es ya,—murmuró el embozado apretando el paso,—y no sé lo que voy á decir á mi amo.

Momentos después llegaba á una sucia y desierta callejuela, cuyas casas lugubres y oscuras estaban completamente cerradas.

Sólo una, cuyo portal abierto de par en par ostentaba en un nicho formado en el muro una dolorosa toscamente tallada en madera, tenia una luz mortecina destinada á alumbrar á la santa imagen.

Aquella casa era la del sacerdote Bráulio, y el del ferreruero entró apresuradamente en ella.

La voz del demandadero volvió á oírse entonces cada vez más lejana y confusa, aunque no tanto que no pudiera percibirse una de esas mal aperfeccionadas redondillas que con el nombre de *saelas* cantaban aun hace pocos años en Madrid los hermanos del *Pecado mortal*.

El demandadero decía:

«¡Oh! tú que estás acostado y tienes tan mal vivir; alma que estás en pecado, piensa en que habrás de morir!....»

El del ferreruero se estremeció visiblemente al oír estas lamentaciones, que en la turbación de su conciencia le parecían un aviso del cielo, y con torpe mano cerró la puerta de la calle, que falta de la tenue luz que alumbraba á la Madre de Dios quedó enteramente sumida en la más densa oscuridad.

IV

Rezaba fervorosamente sus oraciones el buen Bráulio, cuando su criado Cristóbal, ó sea el hombre del ferreruero, entró en la casa.

Arrodillado ante un crucifijo iba á terminar el sacerdote su piadoso ejercicio, cuando un leve ruido que sintió á sus espaldas le hizo volver involuntariamente la cabeza.

Una expresión de infinito terror se pintó en el apacible semblante del sacerdote.

Cristóbal, con los ojos desencajados, la boca contrainda y con una daga en la mano estaba tras él amenazador, terrible.

A Bráulio no le fue posible articular una sola palabra.

El miserable Cristóbal, impulsado por el demonio de la lujuria personificada en Berta, alzó el acero asesino y se lo clavó en la espalda con desmedida furia.

Bráulio cayó desplomado cual si un rayo lo hubiera herido de muerte.

El asesino entonces sacó la daga de la herida, y cogiendo por los cabellos la cabeza livida de su amo, la separó bárbaramente del tronco.

En seguida, con una agitación febril, descerró el arcon que guardaba el tesoro, y llenándose de oro los bolsillos, salió de la casa dando traspies como un beodo.

La noche estaba cada vez más oscura, y el viento silbaba lugubrementes en las desiertas calles de la villa.

Cristóbal encaminó sus pasos á la casa de Berta, á cuya puerta llamó apresuradamente.

—¿Quién va?—preguntó de la parte de adentro una voz varonil.

—¡Maldición!—exclamó Cristóbal roncamente.—¡La infame tenia otro amante!

Y con paso trémulo se alejó de aquellos lugares, perdiéndose en las revueltas calles de Madrid.

V

El horrible crimen de Cristóbal causó una profunda sensación.

La vindicta pública no pudo quedar satisfecha, pues el asesino á quien la justicia buscó en vano se habia refugiado en Portugal.

(1) Jamón el más rico de España.

Allí vivió largos años, sin inquietudes ni remordimientos, disfrutando las riquezas que había robado.

Al cabo de cierto tiempo, creyendo que ya nadie se acordaría de él, volvió á Madrid disfrazado con traje de caballero.

Efectivamente, nadie lo inquietó, y el infame fué á ocupar una casa en la misma calle en que había cometido el crimen.

Una tarde que pasaba por el Rastro vió una hermosa cabeza de carnero, y queriendo hacer con ella un sabroso plato, la compró, y ocultándola con la capa se encaminó á su casa.

Al llegar cerca de ésta se halló de manos á boca con un alguacil, el cual, deteniéndolo bruscamente, le preguntó que llevaba bajo el embozo.

—¡Vaya una pregunta!—contestó Cristóbal tranquilamente;—¿qué queréis que lleve?... Una cabeza de carnero que acabo de comprar en el Rastro.

—¡Esa sangre no es de carnero!—replicó el alguacil señalando la que hilo á hilo caía debajo de la capa de Cristóbal sobre las piedras de la calle.

Yo quiero ver lo que ocultais con vuestra capa.

Sonrióse Cristóbal, y desembozándose con mucha pausa creyó enseñar al alguacil una cabeza de carnero, cuando ¡horror! vió con espanto que tenía asida por los cabellos la cadavérica cabeza de su amo.

—¡Justicia de Dios!—exclamó el asesino arrojándola lejos de sí.—¡Yo necesito expiar mi crimen con la muerte para que la misericordia divina me perdone! ¡Yo soy el asesino del sacerdote Bráulio!.... ¡Prendedme, prendedme!....

Algunos días despues espiraba en una infamante horca con muestras del mayor arrepentimiento.

La tradición que acabamos de referir es tan popular como inverosímil. Sin embargo, existe una calle en Madrid que recuerda tan portentoso suceso, la cual lleva el nombre de CALLE DE LA CABEZA.

ANTONIO DE SAN MARTÍN.

SECCION DE ACTUALIDADES.

HISTORIA

DE LA

INSURRECCION CARLISTA DE 1872

POR DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

Después de siete años de lucha, de sangre y de horrores, siete años durante los que el pueblo español se destruyó sus propias entrañas, el partido carlista sucumbió en los campos de Vergara, disolviéndose inmediatamente su poderoso ejército, quedando triunfantes los defensores de la monarquía constitucional. Bajo los pliegues de cuya bandera agrupábanse entonces todos los amantes de la libertad y de la civilización moderna, todos los que preferían la muerte al yugo de la tiranía.

Empero esta derrota no significaba que la causa del Pretendiente hubiese muerto; era la derrota material y necesitaba la moral para que dejase de existir el partido carlista.

España entró en una nueva época; transcurrieron los años, y los herederos del titulado Carlos V quisieron nuevamente hacer valer sus derechos.

Un general español, en momentos de olvido fatal, quiso favorecer la causa del representante del derecho divino y de la tiranía, y más temerario que prudente, intentó sorprender el ánimo de algunos miles de soldados, llevándolos á San Carlos de la Rápita, y presentándoles allí al Pretendiente á la corona de España.

Las circunstancias de aquel triste suceso las conocen todos, y si tienen algo de grotesco ó de ridículo por parte del Pretendiente, la culpa no es nuestra, pues no hacemos más que consignar con escrupulosa exactitud, ó más bien recordar lo que quisieramos haber olvidado.

No caballero en brioso corcel y ciñendo la espada del guerrero, sino en el interior de un desvenado vehículo, presentose la majestad del aspirante á la soberanía absoluta, y nuestros valerosos soldados, mirando desdeñados al infeliz que en talguisa se les mostraba, prorrumpieron en gritos de ¡Viva la libertad! resultando así que fuesen todo uno, la entrada triunfal del Pretendiente, su derrota y su fuga.

Elevadas consideraciones que de todos son conocidas, obligaron al gobierno á cometer una injusticia; pues mientras se fusilaba á un padre desgraciado, al general extraviado, no sabemos cómo, devolvíase la libertad al verdadero autor del delito, al que puede decirse que era el alma de la rebelión, y en un buque del Estado y con todas las consideraciones debidas á un príncipe se le llevó á su morada.

Esto dejó en el pueblo una huella que más ó menos tarde debía contribuir mucho al desprestigio de una dinastía y de algunos partidos.

En San Carlos de la Rápita murió desde entonces moralmente el partido carlista.

Muchos de sus afiliados avergonzábanse de haber defendido, si no la idea, al hombre que la representaba, y si algunos se llamaron todavía absolutistas, no hubo ninguno que quisiera llamarse carlista.

Nadie creyó posible ya la resurrección del carlismo; pero en política no hay nada imposible, y bien pronto sucedió lo que imposible parecía.

En Setiembre de 1868 rugió la tempestad, retumbó en sus cimientos un trono secular y se derrumbó.

El pueblo quiso borrar completamente todo lo pasado; pero con el pueblo habían hecho la revolución elementos que no podían renunciar á su historia, y entorpecida desde el primer instante la marcha de los sucesos, fluctuando sin rumbo fijo como la nave que ha perdido el timón, dióse lugar á un estado de inquietud, de malestar, y casi pudieramos decir de tinieblas.

El pueblo había querido ahogar todas las ambiciones, y todas despertaron; había querido desvanecer muchas esperanzas, y se reavivaron todas.

El carlismo resucitó, y lo habían resucitado sus mayores enemigos, como si quisieran complacerse en entablar otra vez la lucha para conseguir un nuevo triunfo.

Los que conocen el complicado mecanismo de la máquina política, comprenderán que sobre este punto podríamos decir mucho y de muchísimo interés; pero no lo hacemos porque tendríamos que olvidar nuestros propósitos, y porque no nos conviene más que recordar los sucesos que ya pasaron para que se aprecien mejor los que ahora deploramos todos.

El partido carlista resucitó; organizóse á la sombra de la libertad que combatía, y quiso aprovechar la confusión de todo período constituyente.

Cuando menos se esperaba aparecieron algunas partidas, y en pocas semanas se encontró el gobierno con que tenía que combatir una insurrección de carácter grave.

Al gobierno le sobaban fuerzas, y acudiendo energética y prontamente, la insurrección fué batida y los partidarios del absolutismo tuvieron otra vez que acudir al terreno legal para continuar la lucha.

Podrá llegar un día en que el pueblo quiera el absolutismo, pero haciéndole reconocer al monarca que debe su autoridad al voto de la nación, y que la misma soberanía que lo

ha hecho soberano tiene el derecho de derribar el trono; pero lo que ya no puede suceder, porque la humanidad no retrocede, es que los pueblos reconozcan eso que se llama derecho á vino.

Debía, por consiguiente, suceder que en el terreno legal nada consiguiesen los partidarios de don Carlos; y otra vez, aprovechando la ocasión de dolorosas divisiones, de la descomposición de los partidos, de la perturbación general, han querido probar fortuna.

El partido carlista contaba con dos grandes medios: el oro y el fanatismo. Ha puesto en juego ambos resortes, y en pocos días ha levantado un ejército, que si no está perfectamente organizado y bien armado, es un ejército al fin compuesto de españoles, ó lo que es lo mismo, de hombres valerosos, de verdaderos héroes, como lo son todos los que nacen bajo el cielo de la privilegiada Iberia.

Esta vez el Pretendiente á la corona ha dicho: «Me pondré á la cabeza de mi ejército como el primer soldado, y pelearé hasta vencer ó morir.»

Los carlistas han creído tener, á más de un rey, un héroe; han creído que en el último tercio del siglo XIX debía levantarse un capitán gigantesco como en el primer tercio se levantó.

Esta creencia ha centuplicado su entusiasmo y sus alientos, se han multiplicado y engrosado las partidas; y en el corto espacio de dos semanas hemos visto provincias enteras casi dominadas completamente por la insurrección.

Encuentros de escasisima importancia han tenido en los primeros días las facciones con las columnas del gobierno, haciéndose preciso al fin la formación de un cuerpo de ejército que operase en Navarra.

El ejército se formó, nombrándose general en jefe al duque de la Torre.

Las operaciones principiaron.

Signieron los encuentros sin importancia.

Don Carlos atravesó la frontera y se puso al frente de cinco mil hombres en un terreno muy ventajoso para él.

Desde que esto sucedió, puede decirse que es cuando principia la verdadera lucha, y por eso desde este punto la seguiremos paso á paso, consignando todos los sucesos con imparcialidad y con cuantos detalles nos sea posible adquirir.

A continuación, pues, insertamos la interesante carta de uno de nuestros corresponsales, describiendo el combate de Oroquieta y consignando rumores de gravísima importancia, y que deben acogerse con reserva mientras no sea posible esclarezca la verdad.

A continuación de la carta encontrarán nuestros lectores las noticias recibidas últimamente y que merecen mayor crédito.

Hé aquí la carta de nuestro corresponsal:

Sr. Director de El Periódico para todos.

Muy señor mío: Dolorosamente impresionado doy principio al cumplimiento de la misión que usted tuvo á bien confiarme, y según prometí será imparcial para que los lectores de su periódico puedan formar exacta idea de los sucesos que voy á referir.

Otros se me habrán anticipado en enviar noticias; pero yo he querido ante todo comprobar la certeza de los hechos, considerando que lo que más importancia tiene es la exactitud en el relato. Después, según su criterio y sus opiniones políticas, podrá cada cual formar el juicio que mejor le parezca. Yo me he propuesto ser mero cronista, y cumpliré mi propósito.

Ante todo, diré que efectivamente la insurrección carlista se ha presentado imponente en esta hermosa provincia, y me parece acertado que con preferencia haya fijado aquí el gobierno su atención.

No puede decirse que los partidarios de don Carlos sean dueños de ninguna población de importancia, y sin embargo dominan en to-

das partes, se mueven á su antojo, y cuentan con la proteccion de muchos naturales del pais.

En el continuo ir y venir de las tropas de uno y otro bando, las aldeas no pueden decir á qué gobierno obedecen, pues sus pacíficos habitantes se ven obligados á cumplir las órdenes de todos.

No puede imaginarse una situacion más critica; y lo peor de todo es que casi siempre, como suele decirse, pagan justos por pecadores, pues los que no han tomado parte en la insurreccion sufren toda clase de atropellos y vejaciones.

Aquí, crealo usted por más que parezca mentira, hay una importante masa de poblacion, la mayoría quizás, que no tiene color político y que no quiere más que justicia, sosiego y pan. Esto, repito, sucede en toda España; pero ahora he tenido ocasion de verlo como nunca.

El ejército, mandado por el duque de la Torre, habia colocado en una situacion verdaderamente critica á los defensores de la causa de don Carlos, pues éstos han llegado á encontrarse casi incomunicados con sus compañeros de las Provincias Vascongadas, sin medios para dirigir sus movimientos hacia Aragon, y sin otra salida que la frontera de Francia.

En semejante sinuacion era forzoso que sucediese lo que ha sucedido, dependiendo tal vez del resultado del primer encuentro el resultado final de la lucha.

El día 3 salió de Lecumberri la brigada de vanguardia que manda el general Moriones, y por Leiza se dirigió á Ezcurrea y Erasan, atravesando montes cuya aspereza no puede concebirse sin haberla visto.

Estaba despejado el cielo y el sol calentaba poco menos que en el mes de Julio.

Cuando se habla de lo resistente y sufrido que es el soldado español, todo lo que se dice es poco.

Trepando pendientes casi inaccesibles y bajo aquel sol abrasador, caminaron una y otra hora nuestros soldados sin que ninguno diese muestras de fatiga ó desaliento.

Era lastimoso el estado en que se encontraban las poblaciones. Algunas parecían destertas, pues sus habitantes, poseidos de terror, habíanse encerrado en sus pobres moradas sin atreverse siquiera á dejarse ver en las ventanas.

Apenas se encontraba un hombre joven y robusto. Todos eran ancianos y niños y desgraciadas mujeres, en cuyas mejillas se veían las señales del insomnio y del llanto.

Si todos no se habían unido voluntariamente á la faccion, todos debían correr la misma suerte, y para las amorosas madres el resultado era enteramente igual.

Algunos habían creído cumplir un deber al alentar á sus hijos para que tomaran las armas, pues les habían dicho que se trataba de defender la religion y la pureza de las costumbres. Por esto se sorprendían muchos de que nuestros soldados oyesen misa, y se sorprendieron más cuando vieron que respetaban el pudor y no se entregaban al pillaje.

A semejantes medios habia recurrido la pasion política, pues de otra manera no creo que se hubiera conseguido que tomaran las armas los que sólo deseaban, como ántes he dicho, paz y pan.

En Erasan pudo la brigada Moriones descubrir ya una parte de la retaguardia del enemigo; pero ésta desapareció por las alturas de la izquierda sin que se cruzase un solo disparo.

Desde Erasan marchó la brigada á Saldias. El calor continuaba sofocando á nuestros soldados.

Sabiase ya que don Carlos estaba entre los suyos, y esto daba importancia mucho mayor al sangriento suceso que pronto debía tener lugar.

Sin permitirse apenas reposo, llegó la brigada frente á Oroquieta á las cinco de la tarde.

Allí estaba don Carlos con más de cuatro mil hombres bien parapetados en las casas y acertadamente situados en las alturas que dominan á Oroquieta.

Debía suponerse que no podía terminar el combate aquel mismo día, pues la presencia del pretendiente daba á los suyos muchos alientos y los comprometía para hacer una resistencia tenaz.

Inspeccionados por la mirada de su rey, no era posible que aquellos hombres valerosos cediesen un palmo de terreno, pues no era ya una causa política solamente la que tenían que defender, sino que también les era preciso dejar á salvo su dignidad y su honor.

He hablado con algunos de los prisioneros, y puedo decir lo que sucedió en Oroquieta aquella tarde.

Entre los partidarios de don Carlos no habia uno que no estuviera dispuesto á morir antes que retroceder, y ya sabemos hasta dónde lleva su firmeza el soldado español cuando se ha propuesto morir luchando.

El continente de don Carlos de Borbon habia producido el mejor efecto en sus tropas.

Jóven, de aspecto majestuoso, colocada con descuido sobre sus hombros una capablanca, con su uniforme de capitán general y sobre su hermoso caballo de batalla, tenía todos los aires de un verdadero héroe, y produjo el mayor entusiasmo; pero forzoso es decirlo, pues así lo han demostrado los sucesos: cuando don Carlos de Borbon se presentó á los suyos, era el actor hábil que representa magistralmente su papel, y que deja de ser lo que parece cuando lo colocan en la realidad, cuando ha de demostrar con hechos lo que aparentaba con ademanes y frases.

No nos creemos autorizados para negar al titulado rey el valor que puede tener cualquier hombre; pero sin duda vivamente impresionado en aquellos momentos, y sin la costumbre de oír el silbido de las balas, debió aturdirse, no discurrió con acierto, y no comprendió que el resultado de la lucha dependía de haber arriesgado la vida por algunos minutos.

Si al presentarse la brigada Moriones hubiera don Carlos recorrido la poblacion y las alturas, situándose donde hubiera sido visto por todos los suyos, creemos que hubieran sido inútiles los esfuerzos de la brigada, y que la noche habria cerrado sin que hubiera podido penetrar en la poblacion, y sucediendo así habria tenido que retroceder, aunque fuese poco, para rehacerse, descansar, ordenarse y adoptar á la mañana siguiente nuevas medidas.

Esto, aunque no fuese un triunfo completo para los carlistas, era bastante para que, alentados más y más, hubiesen podido al amanecer romper las líneas enemigas y correrse hacia las Provincias Vascongadas, donde hubieran encontrado refuerzos de consideracion; pero no lo hicieron así, y de nada les sirvieron las ventajas de sus posiciones.

No esperaban tan pronto los carlistas á las tropas del gobierno, y apenas éstas se presentaron se dió aviso al Pretendiente.

Al oír éste la noticia, se puso en pié diciendo: «Mi caballo.»

No pronunció una palabra más.

Apresuráronse á obedecerlo.

Creyeron todos de buena fe que su soberano iba á lanzarse en lo más rudo de la pelea.

Mientras se ejecutaban sus órdenes, resonaron algunos disparos, pero se hubiera dicho que no los oía.

Esto podía significar el aturdimiento más completo, ó la más fría calma, la calma de los héroes.

Todos lo miraban con asombro.

Su secretario se tomó la libertad de recor-

darle que los reyes no estaban obligados á pelear como un soldado, sino que debían ser prudentes, «porque si vuestra majestad,—añadió el cortesano,—pierde la vida, se perderá también nuestra causa.

Tampoco entonces respondió el Pretendiente.

Pocos minutos despues se encontraba rodeado de lo más florido de su ejército.

Todos se disputaban el honor de morir al lado de su rey.

En aquellos momentos de confusion, un eclesiástico se acercó al monarca cuando éste acababa de cabalgar, y le dijo:

—Señor, no hay cuidado, porque conozco perfectamente el terreno, y ántes de un cuarto de hora estará á salvo la augusta persona de vuestra majestad.

Parecióle bien á don Carlos dejar la direccion del asunto al que mejor conocía el terreno, y dando algunas órdenes de poca importancia, partió seguido de una fuerte escolta.

El fuego se habia roto ya, lo mismo por el frente que por los flancos, y empezaba á sonar el estampido del cañon.

Rápidamente cundió la noticia de que don Carlos se alejaba, y esto produjo el peor efecto en el ánimo de sus soldados, porque precisamente entonces todos esperaban verlo correr hacia el enemigo.

De la huida del Pretendiente no se apercibió el general Moriones, ni era posible que se apercibiese en aquel terreno accidentado y cuando toda su atencion tenía que estar fija en los movimientos de las tropas.

Era preciso aprovechar el tiempo, y el general Moriones dispuso que avanzase más la artillería para dirigir sus disparos á la poblacion.

Desde aquel momento el combate llegó á su grado más horrible.

¡Cuánta sangre y cuánta víctima inocente! Unos y otros se batían con tenacidad, con desesperacion, como los españoles se baten.

El sol tocaba á su ocaso.

El humo de la pólvora formaba blanquecinas nubes que empañaban el horizonte.

Gritos desgarradores se exhalaban en todas partes, pero eran ahogados por el estruendo de las armas.

Los disparos de la artillería, muy ciertos desde el principio, empezaron á hacer estragos espantosos en las casas.

Volaban trozos de las techumbres, se abrían y derrumbaban las paredes, y entre densas nubes de polvo y de humo ahogábanse los combatientes, sepultándose sus mutilados cuerpos entre las ruinas.

En las alturas fué la faccion objeto de cargas impetuosas, y entretanto una columna penetraba en la poblacion y la atravesaba arrollándola y destruyéndola todo.

Sin embargo, la lucha estaba lejos de terminar, porque muchos carlistas, posesionados de las casas, se defendían, enviando un diluvio de balas á las tropas del gobierno.

El sol continuaba ocultándose; y como entre las tinieblas no era posible hacer nada, dispuso el general Moriones concluir de una vez.

La artillería habia obligado á rendirse á los que ocupaban dos de las casas, que ya podia decirse no eran más que dos montones de ruinas.

Aprovechando esta ocasion, pudo avanzar la artillería y se dispuso el asalto.

De cada cuerpo se designaron veinte hombres con un oficial, y estos ochenta héroes dispusieron á sacrificar la vida.

No podían desatenderse entretanto los alrededores de la poblacion, porque los carlistas, reuniéndose en número considerable, hicieron un hábil movimiento y amenazaron la derecha de la brigada.

Dióse la señal del asalto, y éste fué obra de pocos minutos.

Si se hubiese prolongado más, las tropas

del gobierno se hubieran visto envueltas por la facción, y colocadas entre el pueblo y la columna que les había acometido por la derecha.

Los que ocupaban las casas se entregaron al fin, y cuando los otros vieron que no podían contar con el apoyo de la población, abandonaron precipitadamente el lugar del combate.

Tiempo era ya, porque los soldados apenas tenían aliento y aún parece imposible que resistiesen tanto, pues hay que tener en cuenta que empezaron a batirse después de dos días de constante y penosísima marcha.

Quedaron prisioneros más de setecientos carlistas, según habrá usted visto por los partes.

Ninguno de los prisioneros estaba herido, y lo consigno así para probar que si todos se batieron con valor no hubo saña.

El triunfo de Oroquieta por más que muchos se empeñen en negarlo, ha sido un golpe terrible asestado en las entrañas de la insurrección de esta provincia, y me parece que ya no es mucho lo que hay que hacer para pacificarla por completo.

Restame ocuparme de rumores que, aunque injustificados, tienen bastante importancia.

¿Qué ha sido de don Carlos?

Hasta el día de hoy puedo asegurar que no ha penetrado en territorio francés, aunque tenía tiempo sobrado para haber atravesado la frontera.

Indudablemente está en España, y sobre este punto las noticias son contradictorias.

Aseguran algunos que uno de los pelotones de cazadores que cargó en las alturas, fué á pasar al sitio por donde huía el Pretendiente con su escolta.

Divisar las boinas y hacer fuego, fué todo uno para nuestros soldados.

Los carlistas siguieron huyendo; pero dejaron tres muertos ó heridos, y dicen que uno de estos era un personaje, á quien uno de los soldados creyó reconocer.

Sin duda se equivocó, porque al hablar fué interrumpido por un sargento, que le replicó: «Tú ves visiones, muchacho, y lo que tus jefes dicen está bien dicho.»

El cadáver fué enterrado con los demás.

Otros creen saber positivamente que don Carlos con un disfraz logró atravesar la frontera con ánimo de ir á la costa para desembarcar en las cercanías de Bilbao; y por último, hay quien supone que está escondido, y no encontrando medio de escapar ha entablado negociaciones con el general en jefe de nuestro ejército.

Todo esto lo digo para que no ignore usted nada; pero en mi opinión, don Carlos está oculto y esperando una ocasión oportuna para salir de España.

Sin embargo, puedo equivocarme, y sabe Dios si será cierto alguno de los rumores que circulan, pues todo es posible en épocas de trastorno.

¿Ha hecho el duque de la Torre todo lo que es posible para apoderarse del Pretendiente?

El tiempo dará la contestación.

Escribiré á usted en cuanto me sea posible, porque creo que muy pronto tendré que abandonar este punto.

Le pido á Dios que escuche mis votos y se restablezca pronto la paz.

Se repite de usted afectísimo amigo q. b. s. s. m.—G. Ponte y Garez.

Pamplona 11 de Mayo de 1872.

Hé aquí el resumen de las últimas noticias:

Los pueblos de Esteroz y Villanueva han quedado libres de la facción mandada por Carasa, que continúa perseguida.

En Navarra particularmente son muchos los que se presentan á indulto; pero esto no tiene tanta importancia como parece, pues de los presentados desaparecen una parte otra

vez para ir á engrosar las columnas. Lo único que las presentaciones prueban es que frecuentemente las partidas carlistas se encuentran en muy mala situación y adoptan este medio para salir de apuros por de pronto.

En Cataluña, las partidas mandadas por Costa y Sabater, que componen unos cien hombres, siguen vagando y se encontraban últimamente en las cercanías de Santa Coloma de Farnés.

Por la parte de Girona se sostienen aún los cabecillas Labals, Grao y Garcerán.

Han sido hechos prisioneros el jefe carlista Salvador Perinate y D. Ramon Basalls.

El cabecilla Mañero ha sido batido, lo mismo que Garcerán, perdiendo algunos hombres que se encuentran prisioneros.

En Aragón ha muerto el cabecilla Gil, y Marco anda fugitivo.

El cura de Abentigo con otros tres ó cuatro carlistas se ha presentado á indulto.

La situación de Castilla la Nueva es poco más ó menos lo mismo que la semana anterior, y hasta hoy no parece de gravedad, pues ha sido hecha prisionera toda la partida que mandaba el cura Quintanilla en Sierra Prieta, y la facción Pinchas fué rechazada enérgicamente en el Pobo por la guardia civil.

De la partida Bermudez, que se encaminaba á Menasalvas, no se sabe nada con certeza.

Otra partida de veinte hombres se ha levantado en Miraflores, provincia de Cáceres, y después de apoderarse de los fondos de la Depositaria se dirigieron á la Sierra.

Otra partida de veinticinco hombres ha aparecido en Espinardo, provincia de Murcia, pero ha sido dispersada por los voluntarios de Fortuna.

El general duque de la Torre debe encontrarse ya en Vizcaya.

Recondo, uno de los más importantes jefes de la facción, se encuentra ya en territorio francés y vigilado por las autoridades. Su salida de España tiene mucha significación. Los que le acompañaban iban en el estado más miserable, y consideraban perdida la causa del Pretendiente. Muchos de ellos aseguraban que habían sido alucinados con promesas que no se habían cumplido ni podían cumplirse.

De un momento á otro se esperan noticias de un encuentro importante.

CAUSAS CÉLEBRES.

JOSÉ Y FELIPE PARDO MARTIN,

POR

DON CARLOS PALOMERA Y FERRER.

(Continuación.)

V

Salvador Martin era padre de Isabel, agraciada muchacha, de buena conducta y laboriosa.

Algunos años antes de la cuestión del pleito de la casita, Francisco Dominguez Santamaria, vecino del mismo Almayatebajo, había ofrecido su amor y su mano á Isabel Martin: el padre de ésta dió su consentimiento y los dos jóvenes se casaron.

Esto así, sea por sugestiones del yerno para con su suegro, sea por la espontánea voluntad de éste, lo cierto es que Salvador Martin cedió por escritura pública al Dominguez la casa y hacienda que había comprado de Felipe.

Este hecho acabó de irritar á los Pardos, que sin duda esperaban con el tiempo que su hijo Salvador les cediera la citada hacienda; y no viendo en el más que el espíritu de venganza, envolvieron en su odio al Francisco Dominguez.

Poco después de esta cesión, una noche vieron los vecinos de Almayate arder por sus

cuatro costados la casa en que Dominguez guardaba las maderas de los toldos para cubrir los paseros en tiempo de verano y resguardar las pasas de las lluvias y humedades de las noches. La circunstancia de que el fuego había tomado el mismo incremento por los cuatro ángulos del edificio, y la no menos notable de ser una casa deshabitada y en la cual nadie había entrado hac a dos ó tres días, hicieron sospechar, y sospechar fundadamente, que el incendio no era debido á la casualidad, sino á una mala intención. Había habido un crimen y un crimen de los más feos, y la opinión pública, ó por mejor decir los amigos de Francisco Dominguez, hicieron correr la voz de que la casa había sido incendiada por los hermanos Pardo. Esto no era imposible; y si calculamos el odio que los dos hermanos profesaban al Dominguez, hallaremos bastante lógica y natural aquella sospecha. Pero una sospecha no es una acusación, y las actuaciones judiciales que se practicaron no pudieron descubrir á los autores del incendio. En vista de este resultado, y ya cuando la justicia hubo pronunciado su veredicto, era natural y justo que el mismo Dominguez hubiese tratado de hacer callar á los que aun acusaban á los Pardos, puesto que sin pruebas de ninguna clase era ya temeraria la prosecución de aquella sospecha.

En el momento de ver arder el edificio, dada la enemistad que reinaba entre las dos familias, ya lo hemos dicho, la sospecha de que los Pardos fuesen los autores del incendio era natural; pero después de justificada su no intervención en aquel delito, era también natural y justo que la sospecha hubiera desaparecido para siempre.

Tal es nuestra opinión.

Por desgracia, el odio que separaba á las dos familias, y más especialmente á los dos hermanos Jose y Felipe Pardo del Francisco Dominguez, era demasiado profundo para que ni unos ni otros pudiesen llevar su imparcialidad hasta tal extremo; y como debisesperarse, el referido siniestro aumentó su aversión y antipatía.

No faltaron algunas personas que trataron con sus consejos y reflexiones de extinguir aquel odio, pues preveían una serie de verdaderas desgracias y acaso de verdaderos crímenes, pues sabido es que el hombre, cuando se deja arrastrar por la pasión del odio, se precipita en el abismo sin retorno, y se precipita en el satisfecho si puede arrastrar consigo al que aborrece. Empero todas las reflexiones, todos los consejos fueron completamente inútiles. El odio había adquirido ya demasiado imperio en el ánimo de los Pardos y del Dominguez, preciso es decirlo, y no podían convencer á unos ni á otros, ni los argumentos más persuasivos, ni los ejemplos más palpables. Solamente Dios podía remediar aquello.

Entristecese el ánimo al tener que referir estos dolorosos detalles, que aunque hasta ahora no tienen nada de particular, son como los primeros eslabones de la cadena de crímenes que hemos de narrar. La falta de prudencia en unos y en otros, la envidia, la simple enemistad convertida más tarde en rencor profundo, he aquí el origen de este proceso célebre, proceso que ha ocasionado la ruina completa de dos familias y un eterno dolor en otras muchas.

VI

Algun tiempo después de este incidente ocurrió otro, que fué origen de otro disgusto más grave todavía.

Un día avisaron á Francisco Dominguez que Jose Pardo le había arrancado y se había llevado tres coles de su huerto. Dominguez denunció el hecho al guarda rural José Igualda (n) Rosica, quien en uso de sus atribuciones y en cumplimiento de su deber fué á prender á José Pardo, en union de su com-

pañero el guarda Miguel Sanchez, hoy domiciliado en Málaga.

José Pardo no ocultó las tres coles, pero pretextó que no las había robado, puesto que las había cogido con licencia y permiso de su prima Isabel Martin, mujer, como ya sabemos, de Francisco Dominguez.

La justicia tiene ya establecida su tramitación fija e invariable, y el guarda José Igualada no pudo acceder á las pretensiones del José Pardo, que quería justificar su inocencia con el testimonio de su prima. Fue, pues, conducido á la cárcel de Velez-Málaga y encerrado en ella, en la cual permaneció tres días en clase de detenido, hasta que satisfizo la multa impuesta por el alcalde que entendió en la cuestion de dicho hurto.

Aquí no podemos menos de repetir lo que ya en otra ocasion hemos dicho. Si José Pardo había cogido las coles del huerto de Dominguez con permiso de su prima, ¿cómo ésta no lo declaró así para que no le castigaran? ¿Es posible que Isabel Martin, por influencias de su marido, negase despues haber dado su permiso al José? ¿Es posible que estribando en su declaración la culpabilidad ó inculpabilidad del acusado sentenciara el alcalde sin oírlo? No, esto seria absurdo, ó por lo menos confesamos que no lo comprendemos de otro modo.

Sea de esto lo que quiera, el hecho es que tal acontecimiento acabó de llenar la medida, como se dice vulgarmente; y si el odio de los Pardos á Francisco Dominguez y Salvador Martin había sido hasta entonces intransigente, adquirió con aquel motivo un carácter verdaderamente alarmante.

La prudencia indicaba que una de las dos familias trasladase su residencia á otro partido, siendo los Pardos los que esto debían haber hecho por tener en Almayate menos hacienda que su tío y Dominguez, y de este modo se hubieran tal vez evitado las desgracias que les sobrevinieron.

Pero había en el carácter de José y Felipe Pardo Martin una energía que emplearon equivocadamente muy mal. Con razon ó sin razon creíanse los ofendidos, y decidieron permanecer en Almayate hasta humillar y castigar el orgullo, segun decían, de Francisco Dominguez, y no comprendieron que su conducta ó las circunstancias les habían colocado en la peor situación, y que todos sus esfuerzos, sus baladronadas y sus amenazas no podían menos de perjudicarles, y mucho. Demasiado confiados en sí mismos, poniendo su esperanza tal vez en la fuerza que poseían, porque eran valientes, atléticos y arrojados, olvidaron que la ley del más fuerte no es hoy la que gobierna, y se equivocaron de medio á medio.

VII

Al día siguiente de salir de la cárcel José Pardo, y por la noche, fué asesinado el guarda José Igualada, cuyo cadáver se encontró en unas tierras de propiedad de don José Bauman, acribillado de puñaladas y con la cabeza completamente separada del tronco.

El horror de este asesinato alarmó á los honrados vecinos de Almayate, y la opinion pública acusó de este crimen á José y Felipe Pardo Martin. ¿Había pruebas bastantes para semejante acusacion? ¿Podían ser aquellas voces difundidas por los enemigos de los Pardos para vengarse de ellos? Todo era posible, pero las circunstancias favorecían muy poco á los dos hermanos. El guarda Igualada había preso á José Pardo por el hurto de las coles, y el guarda Igualada fué asesinado precisamente la noche del día en que el José había sido puesto en libertad. Esta coincidencia era bastante para que la opinion pública acusara á los dos hermanos; pero de la opinion pública á la sentencia de un Tribunal hay una distancia inmensa, y una sentencia legal vino, por último, á confirmar en parte lo que de público se decía.

Avisado el juzgado de Velez-Málaga por el alcalde de Almayate del asesinato cometido en la persona del guarda José Igualada, se constituyó en el sitio del delito y comenzó á practicar las oportunas diligencias. Retuvieron como detenidos á José y Felipe Pardo Martin; tomaron declaraciones, verificaron careos, practicaron diligencias, y concluido el proceso, una sentencia condenatoria vino á confirmar en algun modo las sospechas del vulgo. José y Felipe Pardo Martin fueron condenados á veinte años de cadena, que pasaron á cumplir al de Cartagena, si no es infiel nuestra memoria.

Esto tenía lugar el año de 1857.

Ahora bien; repitiendo lo que ya hemos dicho en otra ocasion, y aunque no tuviéramos, que si las tenemos, otras pruebas de la criminalidad de los dos hermanos Pardo que la sentencia citada, bastarían esta para suponerlos culpables.

El proceso siguió su marcha natural y uniforme, y motivos fundados resultarían de él cuando terminó con una sentencia de veinte años de presidio.

En Almayate, sin embargo, esta sentencia produjo un efecto terrible. Los parientes y amigos de los reos proclamaron su inocencia, y como en la causa habían depuesto en calidad de testigos muchas personas, todas enemistadas con los Pardos, entre ellas Francisco Dominguez y su criado Juan Urquizar Carrascosa, dijose con sobrada ligereza que se había sorprendido al juzgado y que todos aquellos testigos habían declarado con dolo.

Hoy que se puede oponer á la aseveracion de los que tales cosas decían la misma confesion de Felipe Pardo Martin, como consta en el proceso que vamos á referir, hoy ya no puede haber género de duda. El mismo acusado lo ha dicho en una ampliacion de su indagatoria solicitada por él en el momento de la visita de cárceles verificada en Velez-Málaga. Antonio y Felipe Pardo Martin, su hermano José y otros, fueron los asesinos del desgraciado guarda José Igualada.

Véase, pues, cómo en esta ocasion la opinion pública, que creía inocentes á los dos hermanos Pardo, se equivocó de una manera lamentable; véase cómo Francisco Dominguez y Urquizar y los demás testigos de cargo no faltaron á la verdad en sus declaraciones; véase, en fin, cómo el juicio de los Tribunales formado por los antecedentes que resultaban del proceso, ha venido á confirmarse, ha venido á ser sancionado, digámoslo así, por la confesion misma de uno de los reos.

Independientemente de las causas que con más ó menos razon podían hacer temer á Dominguez la venganza de los dos hermanos Pardo, había podía temer por la que se refería á su participacion como testigo en la causa formada á los mismos por el asesinato de Igualada, pues su conciencia de nada podía acusarle.

VIII

Ya han visto nuestros lectores nuestra imparcialidad al referir los acontecimientos que llevamos expuestos. Hemos procurado ante todo no dar á los hechos mayor ni menor importancia que la que en sí mismos tienen, y hemos calificado á sus autores con la benignidad ó severidad que nos ha parecido justa en conciencia. Hasta ahora han podido ver que José y Felipe Pardo Martin no se nos aparecían con otros defectos que los de un carácter exaltado y poco dispuesto á la tolerancia; pero ni aún remotamente hemos dicho que preveíamos en ellos á los hombres de terrible y funesta memoria. Sin vacilar hemos hecho constar la honradez de su padre y de sus hermanas; no hemos titubeado tampoco en señalar al Felipe hábitos de laboriosidad y economia, con los cuales hubiera conseguido fincar, á no haber sido por el funesto resultado del pleito que sostuvo contra su tío Salvador Martin. Hemos procurado, en

fin, dar á cada uno lo que le corresponde; y si en las páginas sucesivas aparecen los dos hermanos Pardo con un colorido más sombrío, culpa es de los acontecimientos que sobrevinieron, no de nuestro encono.

(Se continuará.)

SECCION FESTIVA.

—¿En dónde pescan los cangrejos?— preguntó una dama á un elegante pollo.

—No lo sé á punto fijo, pero es fácil adivinarlo. ¿No son colorados?

—Sí.

—Pues entonces, de seguro los pescan en el mar Rojo.

Juzgando un confesor que su penitente no estaba muy ducho en doctrina, le dijo que rezase el Credo, y muy adigido principió:

—Creo en Dios Padre, Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra....

Padre, como aquí, que viene de molde, no plante un casco de Salve, ya no sé más.

—¿Y cuántos Dioses hay?

—Siete.

—¿Cómo siete?

—Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres; tres personas distintas, seis, y un sólo Dios verdadero, siete.

—No podemos continuar; en penitencia rezará usted tres Salves.

—Padre, ¡si no sé más que una!

Examinábase de historia un estudiante, al que uno de los catedráticos hizo la siguiente pregunta:

—¿Podrá usted decirnos algo sobre la vida de Carlo-Magno?

—No señor,—contestó el interrogado,—porque jamás fui aficionado á meterme en vidas ajenas.

—Hombre, me siento malo.

—¿Qué tiene usted?

—Me parece que ha de ser el estómago sucio.

—¿Sucio? Pues tráguese usted una escoba.

Un asistente andaluz, á quien sus compañeros le habían ponderado los magníficos jardines de Aranjuez, pidió á su amo que le fuese ir un domingo á dicho sitio. Accedió gustoso su amo, y un domingo muy de mañana llegóse el asistente á la estacion, donde tomó el correspondiente billete. Tocóle á su lado en el wagon un señor sacerdote, que observó lo impaciente que el andaluz estaba cada vez que el tren tenía que hacer escala en alguna estacion. Tantos eran los ternos y maldiciones que echaba el asistente, que el cura le preguntó:

—Decídme, militar, ¿adónde os dirigis?

—A Aranjuez,—contestó el andaluz.

—¿A donde vais derecho,—le contestó el cura,—es al infierno.

—Pues se me importa tres cominos,—replicó el asistente,—porque misté, llevo billete de ida y vuelta.

Un niño que deseaba instruirse preguntó á su maestro:

—¿Hace usted el favor de decirme qué se entiende por obra póstuma?

—Se llama así,—respondió el maestro,—aquella obra que escribe un autor despues de muerto.

—¡Hermosa mujer! ¡Qué formacion tan admirable! ¡que garganta! ¡qué!..

—¡Insolente!

—Repórtese usted, señora.

—Pues me gusta. ¡Despues de profanar el pecho de una dama! ¡Qué indignidad!

—Señora, yo soy un ingeniero.

—Bien ¿y qué?

—Ahora me ocupo de la direccion de los globos, y estudio la especialidad.

Escriben de Goudjiland, villorrio del distrito de Orán (Argelia), lo siguiente:

«M. D...., su hija de diez y seis años, dos árabes cargados de piezas de caza, y el que nos escribe este drama conmovedor, regresaban de una partida de caza, cuando un enorme león, atraído por el olor de las piezas cazadas, se presentó á un lado del camino dando terribles rugidos. Los caballos se detuvieron espantados; sólo el que montaba M. D...., ciego de terror, se echó á escape. El león se arrojó sobre él de un brinco: M. D.... disparó su escopeta, cargada con dos tiros, e hirió al león, pero sólo para acrecentar su furor. El infeliz estaba perdido, cuando súbitamente se oyó un tiro y el león cayó de espaldas, roto el cráneo por una bala que le había entrado por el ojo izquierdo.

La señorita D.... era la autora de esta feliz hazaña. Conmovida y trémula se arrodilló, teniendo en la mano su escopeta todavía humeante, dando gracias á Dios por haberle hecho salvar á su padre.»

Del periódico norte-americano Abilene Chronicle, tomamos la siguiente extraña relación, que más que otra cosa parece uno de los cuentos fantásticos de Edgar Poe:

«El asesino de Kelley ha sido ahorcado y sepultado á poca distancia del cementerio de la ciudad. La noche que siguió á su entierro, Mr. Johnson, tratante en ganados, que volvía de visitar sus rebaños, notó al pasar personas ocupadas al parecer en cavar la tierra.

Echando pie á tierra y atando su caballo á un árbol, el viajero se colocó en un sitio, desde donde sin ser visto podía observarlo todo. Los cavadores eran dos médicos bien conocidos en Abilene y un negro. El azadón de este último tropezó con un cuerpo duro, y poco después un féretro apareció á la vista de los trabajadores.

Al poco rato oyóse el tic-tac musical de una batería, y Mr. Johnson vió con espanto al ahorcado levantarse de su tumba.

El negro comenzó á gritar, y uno de los médicos le asestó tan fuerte golpe en la cabeza con una barra de hierro, que lo dejó muerto en el acto. Después de esto sacaron del féretro el cuerpo del ahorcado y pusieron en su lugar el del pobre negro, continuando sobre el primero sus interrumpidas experiencias.

Bien pronto el cadáver comenzó á agitarse con movimientos convulsivos; los doctores le introdujeron en la boca un frasquito, y poniéndole la mano sobre el corazón, exclamaron con satisfacción profunda: «Late con toda naturalidad.»

Al cabo de algunos minutos, el ex-ahorcado, contestando á las preguntas que se le dirigían, declaró que la muerte en la horca era muy agradable; que á las primeras convulsiones sucedía inmediatamente una titilación deliciosa que se extendía gradualmente por todas las regiones del cuerpo; que el sentimiento se extinguía gradualmente, si bien una parte del cerebro conservaba al parecer toda su vitalidad, y que, en fin, el momento más feliz de la vida era sin disputa alguna aquel en que se moría ahorcado.

Al ruido que hizo una rama que se desgajó con el peso del cuerpo de Mr. Johnson, cuyo observatorio era un árbol, los dos médicos escaparon por un lado y el resucitado por otro.

Las autoridades de Abilene han abierto una investigación sobre estos hechos.»

Refiere un ingenioso periódico parisiense, que días pasados fué llamado el doctor Z.... á asistir á una señora del barrio de los Campos Elíseos. La noble jóven se quejaba de un dolor violento en la espalda. Nuestro escultorio examinó la parte dolorida, —una espalda redonda y blanca,—la palpó en diferentes puntos, y no encontrando lesión

alguna, creyó era un ligero reumatismo y le dijo:

—Esto no es nada.

En seguida la indicó las precauciones higiénicas que debía observar, y acercándose distraídamente al tocador se lavó las manos, como acostumbra á hacerse cuando se palpa á algún enfermo.

Esta ablución escandalizó á la jóven: ¡lavarse las manos después de haberla tocado! eso era indigno.

Al día siguiente se presentó el médico á practicar un segundo reconocimiento. La jóven le lanza una mirada señalándole con el dedo la jofaina.

—Si gustais, lavaos ántes, doctor.

En la alta sociedad se ha extendido bastante la costumbre francesa de quedarse en casa las señoras un día á la semana para recibir las visitas de sus amigos y conocidos.

Un caballero notable por su genio atrabiliario y gruñón se presenta no há muchos días en cierto palacio donde durante el invierno se ha bailado más de una vez.

El portero sale á su encuentro, y le dice con la más insinuante de las sonrisas y con el tono más respetuoso:

—La señora no recibe sino los miércoles.

Semejantes maneras dignas y afables no tienen la virtud de suavizar el carácter irascible del recién llegado, que entregando al Argos una tarjeta, exclama:

—Pues entrégueme usted esta tarjeta, y díga que yo no visito sino los mártres.

—¡Hombre! qué sabiendo debe usted ser,—dijo un soldado á un estudiante bizco.

—¿Se puede saber por qué?

—No hay inconveniente; es porque....

—¿Por qué?

—Porque puede usted leer de un libro dos caras á un tiempo.

Existía un célebre cirujano en Francia que era un amputador furibundo.

Por un arañazo insignificante cercenaba un brazo ó una pierna.

Cierta día cayó en sus manos un pobre diablo.

El cirujano empuña el bisturí con delectación amorosa, y corta aquí, corta allí, concluyó por descuartizar al paciente.

Terminada la operación, preguntó al doctor su ayudante:

—Señor, ¿qué tajada es la que hay que meter en la cama?

El profesor Ayton era un hombre sumamente tímido y estaba enamorado y correspondido de la hija del profesor Wilson, pero nunca encontraba valor suficiente para pedírsela al papá. Por fin la jóven se decidió á hacerlo por él, y entró en el estudio de su padre mientras Ayton esperaba el resultado en la biblioteca.

A los pocos minutos volvió la jóven con un pedazo de papel sujeto á su espalda con un alfiler, donde se leía lo siguiente:

«El profesor Wilson dedica á su amigo el profesor Ayton este ejemplar de sus obras.»

Tomando la filiación á un quinto, le preguntó uno de los sargentos del regimiento á que fué destinado:

—¿Qué oficio ó profesión tiene usted?

—Comerciante,—contestó el interrogado.

Parecióle imposible al sargento que un individuo del comercio no hubiera podido redimir su suerte, y le volvió á preguntar:

—¿Comerciaba usted en telas?

—No señor.

—¿En quincalla?

—Tampoco.

—¿En paños.... joyería.... comestibles?...

—Tampoco.

—Pues qué diablo de comercio era el de usted?

—Vendía agua para comprar pan.

Buen criado.

—¡Manuel!

—¿Qué manda usted, señorita?

—Traeme una librá de arroz y un sello.

—Volando.

El criado regresa.

—¿Esta usted servida.

—¿Y el arroz?

—Le puse el sellu, y echélu en el correo. Soy yo más listu de lo que parece.

Un ciego gritaba:

—El descurso que ha echado la reina de Inglaterra en la *abertura* de las Cortes.

Otro rectificando:

—¡Animal! debe decirse *apretura*.

Otro ciego enmendando:

—¡Cernicalos! como se dice es *obertura*.

En esto, los tres ciegos á una voz:

—Caracoles, he visto las estrellas.

La esquina resumiendo:

—La discusión es la luz.

Cuéntase de un gallego que salió de su tierra con dirección á Madrid, provisto únicamente para los gastos de viaje de dos pesetas que un amigo le había facilitado al efecto.

Llegado á la corte, se encontró en la puerta de Segovia con un pariente que le esperaba para conducirle á la casa en donde le había buscado acomodo.

—Y vamos,—le preguntó el pariente,—¿y cómo te ha ido en el viaje?

—¡Bravamente!—le contestó el recién llegado.—Salí de la tierra con dos pesetas, y hallume en el bolsillo con treinta reales.

—¡Demo!—le replicó el primo.—¿Pues habrás venido pidiendu por el caminu?

—¡Pues nu que vendría dandu!

Un zapatero y su esposa se encuentran solos en la sala de su casa y entra un dependiente.

—¿Qué quieres?—le pregunta el maestro.

—Ahí le busca á usted un señor,—responde el muchacho.

—¿Quién?

—Un comerciante en cueros.

—Dile que pase.

—Pero hombre,—exclama la zapatera alejándose ruborizada,—espera siquiera á que yo me retire.

Explicaba un catedrático de Historia Sagrada á sus discípulos la formación, por el Criador, del primer hombre, diciéndoles que lo había sido de un pedazo de barro, y aduciendo en consecuencia que el hombre es de tierra. Uno de los discípulos le preguntó:

—Y diga usted, si somos de tierra, ¿cómo es que cuando nos comemos un hueso de fruta no producimos ningún árbol?

—Te engañas, hijo, que algunas veces sucede,—contestó el maestro,—tu madre comió cuando de ti estaba en cinta una bellota, y su vientre concibió un alcornoque.

—A un panal de rica miel

dos mil moscas acudieron....

—Y al acudir en tropel

¿cómo contarlas pudieron?

—Así lo dice el papel.

—¡Mozo! ¡Mozo!—gritaba un pollo desafortadamente en un café. ¡Mozo! ¿No oye usted que le estoy llamando hace una hora?

—¿Qué quiere usted, señorito?

—Un vaso de agua.

—¿Solo?

—No, con un plato.

Días pasados perseguía tan de cerca un pollo á una hermosa dama, que hubo de pisarla el traje. No encontrando disculpa que daria al verse confundido por la mirada de aquella, exclamó:

—Si no llevara usted la cola tan larga...

—Si no fuera usted tan *arrimado á la cola*... contestó ella.



BATALLA DE OROQUIETA, tomada de un cróquis remitido por nuestro corresponsal.

Una señorita hablaba en cierta ocasión con un pollo sobre la confesión.

Decía el imberbe dándose tono:

—A mí no me remuerde la conciencia; no he faltado á ningún mandamiento.

—Pero, hijo, ¿á ninguno absolutamente?

—A ninguno, señorita, á ninguno.

—Entonces, ó no tiene Vd. conciencia ó no sabe el undécimo.

—¿Acaso hay más de diez mandamientos?

—Sí por cierto, el undécimo.

—¿Y qué se pide en ese mandamiento, amiguita?

—Que los pollos sin plumas se acuesten á las nueve.

EL GRANO DE TRIGO.

En la era de mi amigo—un grano amarillo hallé;—cogile, y le pregunté:—¿Cómo te llamas?—El trigo, contestó.—Pequeño eres, á fe,—y poca utilidad—puedes prestar en verdad:—¿Tu madre es?...—¡La diosa Ceres!—Genio de la agricultura,—rico tesoro en el suelo,—y en mitológico cielo—diosa ideal de hermosura.—Aunque tan pequeño soy,—ningún ser iguala al mío,—que á los pueblos en estío—riqueza ó miseria doy.—El cielo me hizo dorado—para luchar con el oro,—del mundo falso tesoro,—y tenerle subyugado.—El salvaje cazador—por mí deja flecha y maza,—y perfecciona su raza—haciéndose labrador.

Soy el primer elemento—de orden y dicha en la tierra;—si yo falto, hay hambre y guerra;—mas si estoy, paz y contento.—Que en este pequeño espacio—tengo gluten y almidón,—que la vida y sangre son—desde la choza al palacio.—Soy, en fin, la blanca harina,—en donde su ser tendrán,—desde el cotidiano pan—hasta la hostia divina.—Por-

que allí están condensados—con un misterio profundo,—todos los seres creados—para decir humillados:—*¡Te adoro, Señor del mundo!*

Dos recién casados paseaban una noche á la luz de la luna. De pronto exclamó el marido:

—*¡Dios mío, qué hermosa eres Febea!*

Al oír esto la mujer le dió un terrible pellizco en el brazo diciéndole:

—¿De quien, infiel, te estás acordando?

Eran dos amigas, y una de estas quedose en cama un día hasta muy entrada la mañana. Llega la otra á verla, y encontrándola todavía entre sábanas, exclamó:

—Cómo, querida, ¿todavía te hallas en los brazos de Morfeo?

—Qué dice Vd., insolente, contestó la perezosa: entre Vd. y se convencerá de que conmigo no hay nadie, ni menos ese Mor á quien Vd. llama feo, lo cual sería bastante para que le odiase.

Un niño á quien su padre se había olvidado de dar carne en la mesa, decía:

—Padre, ¿me da Vd. un poquito de sal?

—¿Para qué la quieres, hijo mío?

—Para echarla en la carne que me va usted á dar, si está sosa.

Hallándose haciendo sus primeros estudios el poeta Maillard, se dispuso por el catedrático de la clase de retórica y poética, á que él asistía entonces, que todos los discípulos presentasen al día siguiente una composición literaria, tomando por lema: «Elogio de la pereza.»

Al día siguiente, abierta la clase, el catedrático fue recibiendo las diversas composiciones de mano de sus discípulos.

Solo uno no entregaba la suya.

—Señor Maillard,—dijo el catedrático,—usted nada me ha entregado.

—¡Aquí está la mía!—respondió el joven adelantándose y depositando sobre la mesa un rollo de papel.

El profesor lo abre, lo hojea, mira y remira en todos sentidos, y no ve más que un cuaderno de papel blanco con un solo letrero: «Elogio de la pereza.» Indignado, interpela á Maillard:

—¿Os estáis burlando de mí?

—No señor,—respondió tranquilamente Maillard;—pero me ha parecido que el mayor elogio que se puede hacer de la pereza es no escribir nada en ese cuaderno.

CHARADA.

Una sílaba tan sola
si le quito una letra
es mi prima, y sólo sirve
para casos de etiqueta.
Hace un papel importante
mi segunda y mi tercera
en una comedia célebre
de Breton; mas si no aciertas,
te diré que es animal
astuto y listo de piernas.
Es así todo una gran cosa,
grande, fuerte, blanca y negra,
que vive mucho en los pueblos
y no la ves en la tierra.

Solución á la charada del número anterior.

ALANO.

Por todo lo no firmado,
TORCUATO TARRAGO Y MATEOS.

Siendo este Semanario propiedad exclusiva de la Casa editorial de D. Jesús Gracia, se prohíbe su reproducción y traducción en todo ó en parte, para lo cual queda hecho el depósito que marca la ley.